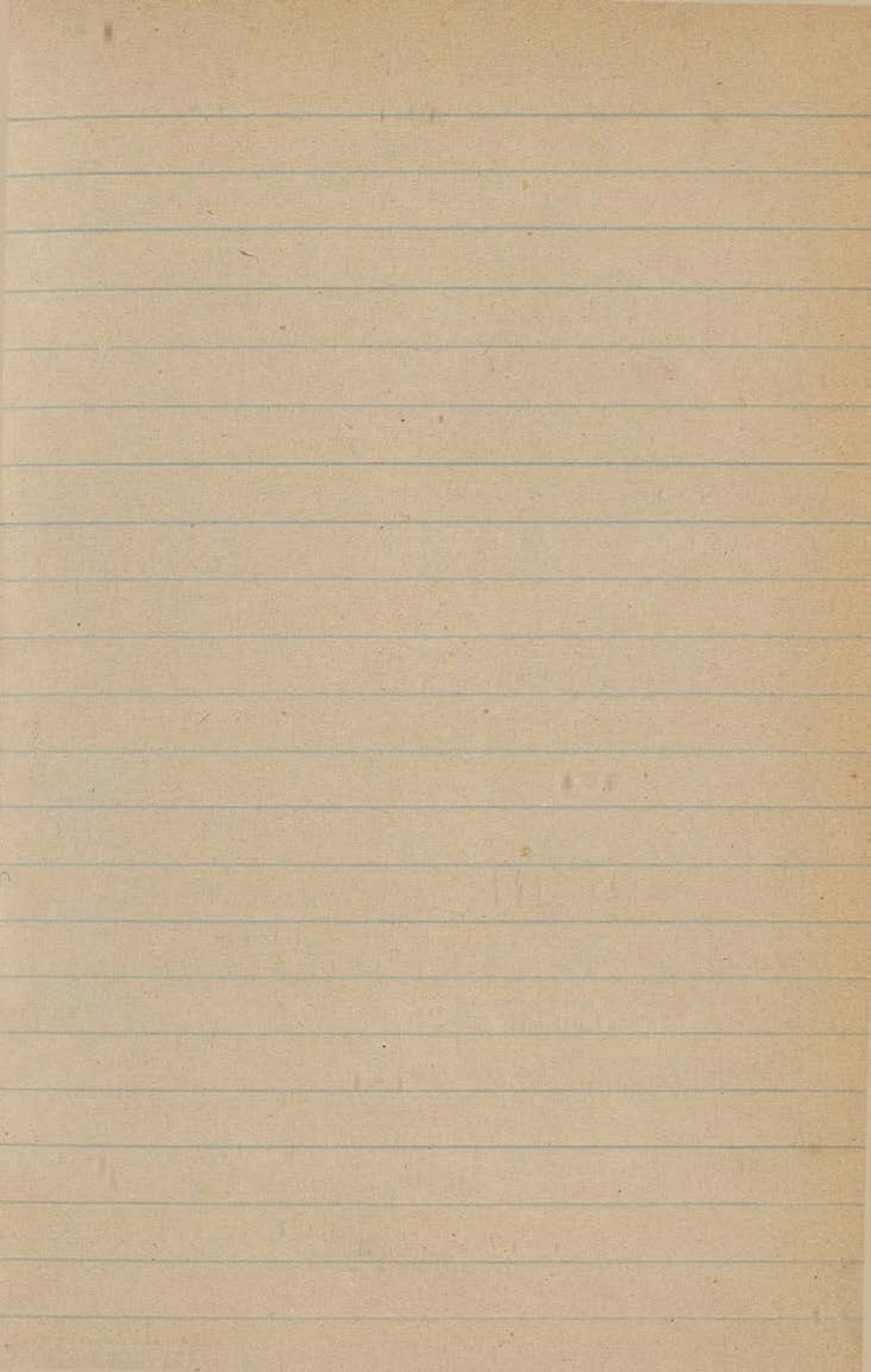
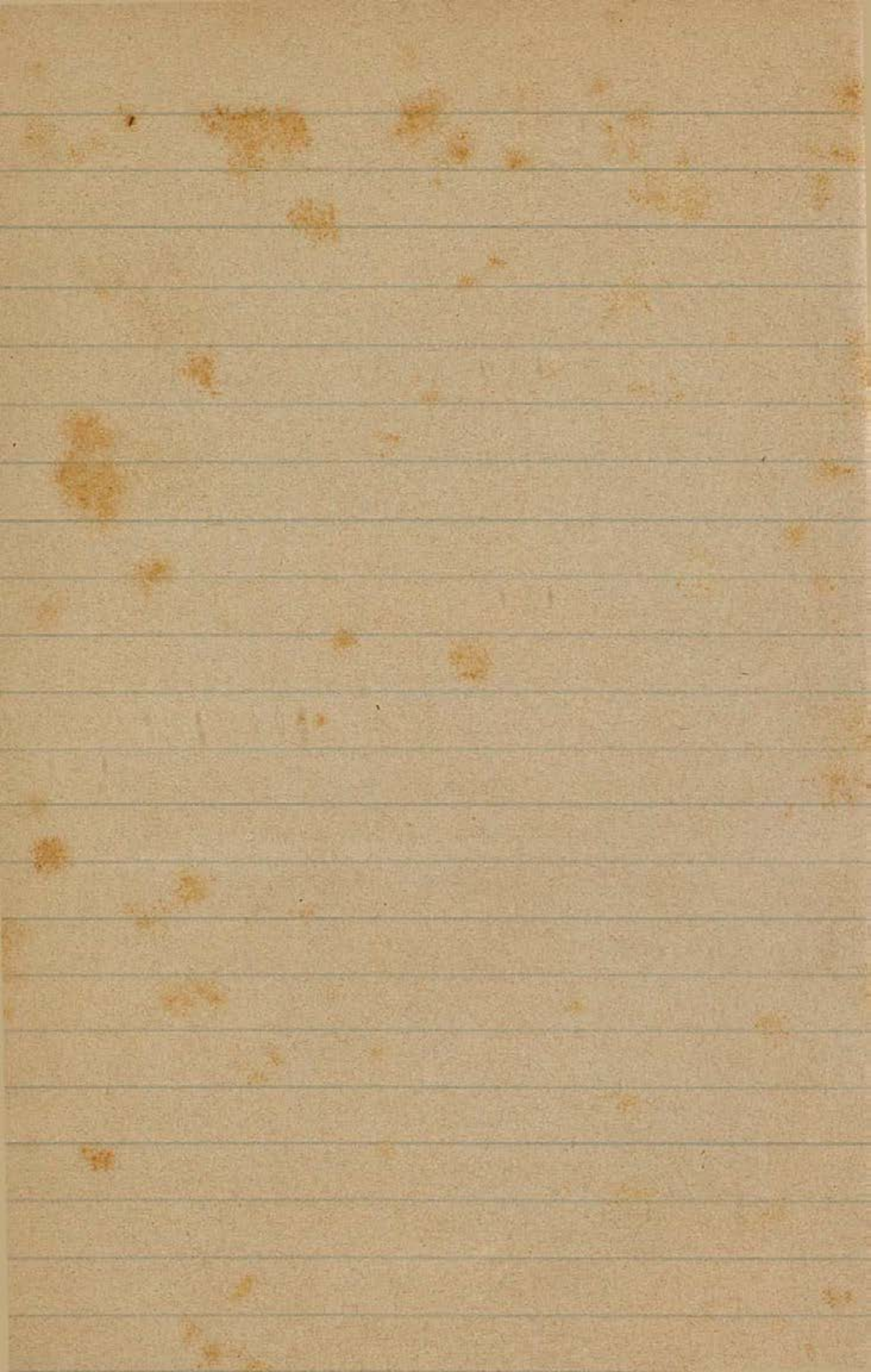






ALBUM DE LA VELADA

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

(AÑO I.)

ALBUM

DE LA

VELADA DE NUESTRA SEÑORA

DE LOS

ANGELES

PUBLICADO POR JAVIER DE BURGOS,

CON LA COLABORACION
DE VARIOS DISTINGUIDOS ESCRITORES.

Año I.

CADIZ.—AGOSTO.

1877

AL EXCMO.

Ayuntamiento Constitucional de Cádiz,

DIGNÍSIMA REPRESENTACION

DE ESTA CIUDAD ILUSTRE.

J. de B.

DOS PALABRAS.

La idea de esta publicacion nació al calor del entusiasmo que, todos los años, produce en Cádiz la proximidad de su ya famosa VELADA, *aumentado, en el presente, por la curiosidad que despertaban los preparativos que se hacian para instalarla en una nueva forma.*

Pero lo breve del tiempo de que se disponia ya para la realizacion del pensamiento ha sido insuperable obstáculo para desarrollarlo por completo. En la mente que lo concibió, el ALBUM *que ahora vé la luz pública debia ser más extenso, debia estar ilustrado con viñetas y llevar tambien composiciones musicales: debia ser un* ALBUM *en toda la extension de la palabra.*

No ha habido tiempo para tanto, si el ALBUM *habia de ver la luz en los mismos dias de la* VELADA. *El iniciador del pensamiento ha tenido, pues, que dejar para los años sucesivos su completa realizacion. Esa misma angustia del tiempo le ha impedido dirigirse á todos los distinguidos escritores de Cádiz que seguramente le hubieran honrado con su colaboracion, y á muchos de fuera que conocen y celebran las bellezas de nuestra popular* VELADA. *Consuélase con la esperanza de que esa ilustre colaboracion no le faltará en los años siguientes, y dá las más expresivas gracias á los que ahora han tenido á bien favorecerle con las bellas composiciones cuyo relevante mérito sabrá apreciar el público y que honran las páginas de este* ALBUM.

La necesidad de apresurar la impresion no ha permitido seguir órden alguno en la colocacion de las composiciones, habiéndolas, por tanto, dado á la prensa en el órden en que han sido recibidas. Acaso esto dá al libro el verdadero carácter de un ALBUM, *donde cada escritor llena la página que encuentra en blanco.*

Popularizar más cada dia en toda la peninsula la célebre VELADA *de que Cádiz á justo título se enorgullece, y extender por medio de la imprenta los elogios que todos cuantos la ven le tributan, es el objeto de esta publicacion.*

Es la idea de un entusiasta por las glorias de Cádiz, á cuya ciudad profesa intenso y filial cariño.

J. DE B.

Cádiz: 14 de Agosto de 1877.

GÉNESIS.

Y, corriendo el año del Señor 1861, apareció, una noche, la calle de la Aduana con unas tiendecitas y puestecitos de cuanto es uso y costumbre vender en las ferias de Navidad.

No era esa instalacion una cosa aislada, sino que formaba parte del ornato de la carrera que habia de recorrer al siguiente dia la procesion del Santísimo Corpus Christi, que se verifica en Cádiz con notables magnificencia y esplendor.

Y aunque la improvisada feria, mirada por el prisma de una estética rigorosa, no ofrecia mucho que admirar, las gentes la encontraron buena.

Y la bautizaron con el nombre de *Velada del Corpus*.

Y era que el instinto del público adivinaba allí el gérmen de algo más bello y grande, de algo que habia de aumentar con el tiempo el renombre de Cádiz, como poblacion distinguida por su esplendidez y su buen gusto.

Pero, fuese que el piso de la calle de la Aduana no reuna las condiciones más apetecibles para paseo, y se mostrase poco galante con los menudos y delicados piés de las gaditanas, cantados por tantos grandes poetas, Byron inclusive;

Fuese que de las tiendas que en la dicha calle se encuentran, dedicadas al comercio de efectos navales, se exhalase un pronunciado olor á brea, higiénico sin duda alguna, característico indisputablemente en un puerto de mar, pero que as-

pirado constantemente se hace á la larga molesto y fatigoso para los estómagos débiles.

Fuese que la ya citada calle es, por desdicha suya, una de las que con más predileccion azota, barre, conturba y alborota el indígena levante, llamado aquí, desde hace luengos años, el *diputado de fiestas*, por la inoportunidad con que se presenta, sacando á las gentes de sus casillas, cuantas veces alguna de esas fiestas las saca de sus casas;

O fuese por otra razon que no se me alcanza ni he logrado averiguar,

Ello es que, el siguiente año de 1862, la *Velada* apareció en la plaza de San Juan de Dios, instalándose las tiendas ó casetas en uno de los lados de esta y ya muy mejoradas y perfeccionadas.

Y la gente dijo otra vez y con más entusiasmo: "¡Hombre, pues está esto muy bueno!"

Porque la verdad es que las supradichas casetas tenian cualidades muy recomendables.

En primer lugar, embellecian y alegraban el paseo; ventaja bajo el punto de vista de la estética.

En segundo lugar, daban albergue á los que, despues de haber paseado por la carrera, querian descansar un rato sin recibir el relente de la noche, que no es cosa sana; ventaja bajo el punto de vista de la higiene.

Y en tercer lugar, brindaban á los tiernos amantes con un lugar más recogido que las sillas del paseo para entablar sus tiernas pláticas.

Porque todos ustedes habrán observado como yo cuánto favorecen y estimulan y alientan las confidencias del amor un techo aunque sea de lona, y un muro aunque sea de tablas mal unidas ó una barandilla que nos separe de la multitud.

Ese techo y ese muro ó esa barandilla, forman una especie de *chez soi* donde los amantes se encuentran más *á son aise,* (y perdonen ustedes las dos frasecillas en gracia de la irresistible necesidad que he experimentado en este momento de demostrar que sé un poquito de francés.)

Pónganme ustedes dos novios en las sillas de un paseo, confundidos entre la muchedumbre, y si ellos son medianamente tímidos, aunque á la verdad este género vá escaseando, no se atreven á decirse más que cosas superficiales.

Pero colóquenlos en una caseta como las de la *Velada,* y verán qué honda, trascendental y filosófica se hace la conversacion.

Tan rodeados están allí como en el paseo y tan fácil es que sean escuchados; pero ellos se creen ya solos. Poder de la imaginacion!

Y esta constituye la tercera de las ventajas que he dicho ofrecian las casetas: estrechar los lazos sociales; ventaja bajo el punto de vista de la sociabilidad.

Con tales alicientes, la *Velada hizo furor*: (allá vá otra frasecilla.)

Y se repitió al año siguiente. 1863

Pero, contra lo que todos esperaban, abrióse despues un paréntesis en su historia.

Y este paréntesis se extendió hasta el año 1867, en que la *Velada del Corpus* renació como el fénix de la fábula y con más brillante vida y más pompa y más esplendor.

Brindóle espacio el paseo del Peregil y allí fué á posarse y á ostentar sus nuevas galas.

Ya no era la modesta *Velada* de la plaza del Ayuntamiento: ya era la fiesta que tan alto renombre ha alcanzado despues.

El principio de su nueva época no fué del todo tranquilo: algo habia ya en la atmósfera.

El Casino Gaditano ocupaba una de las casetas de la magnífica galería que se levantó, llamando á ella á todas las bellas que de ordinario poblaban sus salones en las noches de baile.

No recuerdo si porque el viento, que todavía suele ser excesivamente fresco, en aquel sitio, durante el mes de Junio, molestaba á las bellas,

O porque enjugaba de una manera brusca y malsana el sudor causado por la danza,

O porque las miradas de la muchedumbre daban enojo á los que bailaban, no acostumbrados todavía á bailar en público,

Ello es que, en uso de su indisputable autonomía, los socios mandaron echar las cortinas que para tal uso estaban dispuestas.

Y los curiosos de fuera protestaron.

Y la autoridad tuvo á bien escuchar la protesta y mandar que se levantaran las cortinas.

Y los socios del Casino, despues de consultar maduramente el caso y de convenir en que no habia código, ni real decreto, ni bula, ni pragmática, ni decision de concilio, ni disposicion legal alguna que les impidiera echar las cortinas de su tienda si le venia en mientes el hacerlo por comodidad ó por capricho, sostuvieron su perfecto derecho.

Y la autoridad insistió en no permitirlo.

Y como palomas asustadas por el gavilan, vióse, á la noche siguiente, á todas las bellísimas concurrentes á la tienda, tendiendo el vuelo en bandada encantadora, hácia el otro extremo del paseo.

Allí se levantaba otra tienda, que, poco tiempo atrás, cobijaba, bajo el ardiente sol del Africa, á los valientes defensores de la honra nacional.

Esa tienda, blanco antes de las espingardas de los marroquíes, era entonces asilo del placer y la danza.

El distinguido cuerpo de Artillería brindó con ella á los fugitivos del Casino y, ensanchada y mejorada, sirvió de albergue á la flor y nata de la elegancia y la belleza.

Trofeos marciales adornaban las entradas de la tienda. Las bugías ardian sustentadas en los cubos de las bayonetas, artísticamente combinadas y formando bellas arañas. Una música militar daba compás á la danza.

Era un contraste de bellísimo efecto.

Y en tanto la tienda del Casino, oscura y abandonada como un campo de ruinas, ensombrecia un extremo del paseo y era objeto de las melancólicas reflexiones de algun filósofo ó de los tremendos anatemas de algun enemigo de las distinciones sociales.

Fuera de esto, la segunda época de la *Velada* principió bien, la idea fué muy celebrada y todo auguraba á la resucitada fiesta un brillante porvenir.

En 1868 se repitió la funcion con igual éxito.

Pero saben ustedes muy bien que despues se armó la gorda.

Y que no estábamos para fiestas.

No hubo *Velada*, pues, en 1869.

—"¿Le molesta á V. el humo?" preguntaba cortesmente un quídam á una señora, en un coche de ferro-carril, al encender un tremendo coracero.

—"Ay! sí, señor, me hace mucho daño," contestaba la interpelada, agradeciendo en el interior de su alma la consulta.

—"Pues de aquí á Madrid faltan veinte horas y ya se irá usted *jaciendo.*"

En efecto, en 1870 ya nos íbamos *jaciendo* y se pensó otra vez en la *Velada.*

Pero, considerando por una parte que, á fines de Mayo y principios de Junio, las noches en el Peregil son frescas en demasía,

Y considerando que una fiesta tan brillante no debíamos guardarla egoistamente para nosotros solos, sino hacer partícipes de ella á los forasteros que nos visitan en la temporada de baños,

Hubo el buen acuerdo de trasladarla al mes de Agosto, y en ese tiempo se estableció efectivamente y dejó de ser la *Velada del Corpus* y se confirmó con el dulce nombre de *Velada de Nuestra Señora de los Angeles*, con el que ha adquirido tan grande, tan justa y tan lisonjera celebridad.

¡*Velada de los Angeles!* centro de placer, templo de la alegría, abreviado paraiso!

Tú con quien tantos sueñan: el niño á quien brindas con juguetes, la jóven para quien abres durante quince noches el alcázar del baile y un espacio donde más armoniosos resuenen los acentos de amor, la gente terne á quien ofreces *palmas y luces* en las alegres buñolerías, los cándidos que se emboban con los primores de la pirotecnia, el curioso que gusta de observar las costumbres populares, el anciano que en medio de aquella animacion, de aquel bullicio, de aquellos raudales de luz, de aquellas cascadas de notas armoniosas, siente como que renacen sus ya muertas alegrías!

Velada de los Angeles!

Yo te saludo!

J. DE B.

LAS QUINCE NOCHES.

Gente rica y elegante
que de calor te desmayas
y en busca de frescas playas
vas al Norte y á Levante,

Deja ya ese derrotero
que á decepcion te sentencia:
ni Santander ni Valencia
te ofrecen mar verdadero.

Golfo y lago solamente
son el baño en que das tumbo:
el mar grande, el mar de rumbo,
es tan solo el de Occidente.

Y la perla de ese mar
es el blanco promontorio
que fué del comercio emporio
y del patriotismo altar.

Es la Venecia española
por ledas auras mecida,
cual gaviota dormida
en los brazos de la ola.

Es este peñasco rudo
que ha servido en nuestra edad,
de cuna á la libertad,
como á la patria de escudo.

Es Cádiz, flor que no troncha
el viento que se enfurece,

Cádiz que á Venus parece
flotando sobre su concha.

Ven acá, pues, ¡oh bañista!
si mar tu pecho desea,
sube á cualquier azotea
y sácia de mar la vista.

Tal cuadro en mentes humanas
causa un vértigo sublime,
no lo niego; pero... dime:
¿has visto á las gaditanas?

Son la belleza en compendio
y harán tu pecho una fragua,
y tendrás que echarte al agua
para apagar el incendio;

Que Dios fué muy sabio en dar
sitio oportuno á los séres,
y al formar ígneas mugeres
las puso en medio del mar.

Las sirenas que fingia
la culta Grecia pagana,
¿tal vez de la gaditana
eran bella alegoría?

Sin lisonja ni falacia
de antiguo el orbe la jura
por reina de la hermosura
y por deidad de la gracia.

Ella rindió al grato aroma
de algun amante suspiro
á los banqueros de Tiro
y á los soldados de Roma.

Y serena en trances duros,
miró estallar á sus piés
las bombas con que el francés
acribillaba estos muros.

A esta muger adorada
Cádiz un trono alzar quiso
y la formó un paraiso
con el nombre de Velada.

Cuanto soñaba el Oriente
en fantásticas leyendas,
lo realizan esas tiendas
henchidas de luz y gente.

Viajeros, llenad los coches
del tren que termina en ésta,
y venid á ver la fiesta
de quince apacibles noches.

¡Qué noches! Junto á la orilla
del mar, que brisas desprende,
un panorama se extiende
que los ojos maravilla.

Bajo un inmenso dosel
de faroles y macetas,
se alzan lujosas casetas
fronterizas de un vergel.

Parecen naves de amor
que en mar de música y danza,
se internan con la esperanza
de hallar un mundo mejor.

En torno á la galería
vá el pueblo, en flujo y reflujo,
admirando el fausto, el lujo,
el oro y la pedrería.

Y vé á mugeres hermosas
de admiradores cercadas,
en atmósferas formadas
por auras voluptuosas.

Forastero, ¿qué más quieres?
diáfano cielo andaluz,

frescas brisas, flores, luz,
hermosísimas mugeres;

A par de amantes querellas,
los diálogos familiares:
allí cantos populares,
aquí ruido de botellas;

Todo, en fin, cuanto hacer puede
del placer la apoteosis,
te lo ofrece en quince dósis
fiesta que á ninguna cede.

Labra tu dicha más pura,
brindándote en dulce calma
distracciones para el alma
y para el cuerpo frescura.

Esta Velada es la gloria,
aunque amengua su placer
que, en lugar de eterna ser,
es muy breve y transitoria.

Pero... he dicho una blasfemia;
que el placer nos mataria
y la Velada seria
sucursal de una epidemia.

Adios, pues, ¡oh forastero!
que se acerca tu partida,
y en mi cordial despedida
este encargo hacerte quiero:

Que allá en tu tierra natal
digas, si quieres ser justo:
«en elegancia y buen gusto
no tiene Cádiz rival.»

Alfonso Moreno Espinosa.

Cádiz: *Julio 1877.*

UN PASEO POR LA VELADA.

Era una noche plácida y serena del mes de Agosto.

Con decir que me hallaba en Andalucía, que el punto de mi residencia era Cádiz, que no soplaba por fortuna el Levante abrasador, que hacia una luna deliciosa, y que ni el más leve celage empañaba la bóveda celeste, creo haber dicho lo bastante para que pueda formarse idea de una de esas noches de misterios y delicias que solo se conciben bajo el hermoso cielo de los trópicos.

Atraido, ó más bien, empujado por el oleage de una muchedumbre alegre y bulliciosa, dirigíame maquinalmente hácia el punto á donde encaminaban sus pasos aquellos millares y millares de séres humanos, tan diversos en edades, sexos y condiciones, y tan unidos en el comun pensamiento de echar una cana al aire.

Pollos imberbes ó barbudos; solterones más ó ménos impenitentes; matrimonios en flor ó en conserva precedidos de la indispensable paciega ó escoltados por sus ya crecidos vástagos; graves y sesudos cotorrones departiendo tranquilamente sobre los mil y un asuntos que ocupan á la edad provecta; chicuelos y granujas deslizándose como liebres por entre la compacta multitud y provocando en su carrera alguna que otra maldicion impotente, efecto de la trituracion de un callo; sílfides de mantilla blanca pesarosas de no tener alas en los piés y arrastrando en su acelerado paso á la reacia *mamá* ó á la jadeante *abuela*.... tal era (con perdon de la metáfora) el aspecto de aquel *rio* viviente y semoviente de almas y de cuerpos que por el estrecho cauce de la calle del Veedor, se precipitaba raudo y bullicioso en el risueño mar del Peregil.

Nada más justificado que este hormiguero de mortales. Era Domingo: Domingo de Velada, de toros, de carreras de cintas, de fuegos artificiales y demás *escesos*.

A despecho de la «Sociedad Protectora» y del marqués de San Cárlos, acababa de celebrarse en nuestro circo taurino la más estupenda lidia que soñaron jamás los aficionados al arte de Paquiro y de Redondo.

Los trenes, merced á la rebaja de precios, habian vomitado sobre la poblacion centenares y centenares de forasteros, ávidos de gastar y divertirse; y todo aquel enjambre de vivientes que durante la mañana habiamos visto diseminados en calles y plazas, en hoteles y restaurants, en cafés y cervecerías, ó libando el báquico néctar en la confortable *Primera*, en la bulliciosa *Parra*, en la tradicional *Sacristía*, en la apartada *Escalerilla* ó en el clásico *Anteojo*, acudia ahora á solazarse, despues de la fiesta tauromáquica, en ese paraiso de bellezas, de encantos y delicias, tan gráficamente apellidado «Velada de los Angeles.»

Como no soy niño, ni criada, ni soldado de la Bandera, te confieso lector, que pasé indiferente, aunque aturdido, por entre la doble fila de puestecillos de avellanas y dátiles situados á la entrada del paseo. Aquel aparato de festin al aire libre, parecióme como una gran oficina de portazgo donde las madres de familia acosadas, ya por el desacorde vocerío de los vendedores, ya por el lloriqueo exigente de sus pequeñuelos, se apresuran á satisfacer el impuesto reclamado por los antojos de la infancia.

Atravesé el luminoso arco que sirve de vestíbulo á aquel Eden; situéme junto á la rústica fuente que inaugura su perspectiva, y allí se desplegó ante mis ojos un panorama delicioso, que renunciaria á describir, si no me lo impidiera el compromiso de detallar mis impresiones.

Enfrente y en primer término, alzábase la elegante caseta del Casino Gaditano, ataviada, como reina en dia de córte, con la espléndida diadema de sus múltiples bombas de gas y la radiante pedrería de sus vidrios fosforescentes. Dichó sea en ho-

nor de la imparcialidad *histórica*, algo baja de talle y pobre de esbeltez me pareció la tal soberana. Pero este defecto de configuracion orgánica escapóse bien pronto á mi escrupulosidad investigadora, entre los lindos detalles arquitectónicos de la aristocrática tienda, realzados en su exterior por aquella multitud de rientes flámulas y gallardos grimpolones que decoran su techumbre, y eclipsados interiormente por aquel fascinador conjunto de belleza, de gracia, de juventud, de alegría y de buen tono que palpita bajo sus flotantes lienzos.

Como no pertenezco al Casino, me mantuve modestamente á respetuosa distancia de la caseta; y desde el humilde recinto del transeunte, detúveme á curiosear un breve rato, ya observando el paseo circular de las parejas en los intermedios de baile á baile, ya siguiendo con la vista el vertiginoso volteo del *vals* y de la *polka*.

Canséme de ser espectador; y entre codazos y empujones que me valieron más de un pisoton y más de un expresivo apóstrofe, pude dar con mi cuerpo en el recinto de otra caseta próxima, donde la magnitud de un *piadoso* letrero y la múltiple variedad de objetos diseminados por toda ella, parecian decir al transeunte: «Ven á depositar tu óbolo en beneficio de los pobres.» Allí no se bailaba como en la generalidad de las tiendas. Allí la turbulenta Terpsícore cedia su imperio á otro númen más reposado, más tranquilo, y sobre todo más dulce y consolador para las almas de buen temple. (No digo á otra Musa, porque la Caridad hija del Cielo, no ha morado nunca en el Olimpo.)

Acerquéme al cilindro de la Rifa (yá habrás comprendido, lector, que estoy en la tienda de las Señoras Concepcionistas y de la Asociacion de Católicos), pedí el escaso número de papeletas que mis modestos fondos me permitian, entregué su importe en manos de un respetable cobrador, y otra mano, blanca como el armiño, torneada y diminuta como las que trazó Murillo en sus inmortales Vírgenes, haciendo girar el aparato, sacó de él y depositó en las mias, diez cucuruchos de papel, más liados que diez pleitos.

Nada te digo, lector, de las condiciones estéticas de la poseedora de aquella mano, porque hay cosas y *personas* que no son para descritas. Bástete saber que se llamaba M.ª R.ª Si aciertas el apellido y conoces á la que lo lleva, harás justicia á la sobriedad y circunspeccion de mi relato.

¿Y qué diré de los mil episodios que escitaron mi curiosidad en aquel paraje? Aquí un pobre quinto contemplando embelesado y absorto dos magníficos jarrones que acababan de tocarle en suerte, y marchándose con su rica mercancía más regocijado y ufano que si acabaran de darle la *absoluta*. Allí un testarudo gallego, agotando en la tarea de desliar sus papeletas toda la saliva de sus fauces, toda la fuerza de sus dientes y toda la paciencia de su raza. Allá un moceton impaciente, frunciendo el entrecejo y murmurando frases inconexas cada vez que el envoltorio se desgarraba ó se abria sin el codiciado premio. Más allá un sargento de ejército recreándose en la preciosa adquisicion de un *abanico* y de un *corte de retorta* y meditando sériamente sobre el destino que habria de dar á objetos tan adecuados á la carrera de las armas. Acullá un republicano *enragé* con su indispensable sombrero de alas anchas, mirando y remirando una *opcion* que acababa de tocarle para el regalo del Rey, y otra, á mayor abundamiento, para el rosario del Papa. Seria interminable, si hubiera de seguir describiendo escenas por el estilo.

En cuanto á impresiones de otro órden, solo diré que aquellas encantadoras jóvenes situadas en la plataforma del *mundillo*, atendiendo á la expendicion de papeletas con una actividad infatigable y con una gracia seductora, robando acaso al *rigodon* ó á la *polka* el tiempo que voluntariamente consagraban á ejercicio más laudable, pareciéronme la personificacion más fiel y angelical del espíritu caritativo y benéfico que presidia á aquel recinto. La caridad (me dije á mí mismo contemplando todo esto) aunque se vista á la moderna y se cubra con el manto de la árida filantropía, siempre es caridad. El traje, si hé de ser franco, no me gusta; pero lo paso y lo tolero en gracia á las divinas prendas de la señora que lo usa.

Embebido en estas reflexiones, abandoné la tienda de la Rifa y proseguí mi paseo de curioso bajo el encendido dosel de aquella multitud de farolillos á la veneciana, ora brillantes é inmóviles cuando los arrulla blanda brisa, ora apagados y en incesante columpio cuando el viento los azota con sus implacables ráfagas.

Al pasar por delante de la linda caseta del Ayuntamiento, no pude ménos de rendir el tributo de mi admiracion á su esbeltez y gallardía, á su diafanidad, amplitud y simétricas proporciones. Aquella techumbre tan suelta, tan airosa, tan rica en primorosos detalles; aquel resplandeciente cimborio, semejante á la áurea cúpula de un templo moscovita: aquella exuberancia de luz, de animacion y de vida derramadas en su interior como en desquite de la oscuridad que exteriormente la rodea: todo aquel conjunto embelesador y fantástico, me detuvo largo rato en los umbrales de la tienda, hasta que al fin introduje en ella mi *curiosa* personalidad.

Aspecto interior de la caseta. En el sitio de las sillas, una multitud de ambos sexos tan apiñada y compacta que tuve momentos de poner en duda la impenetrabilidad de los cuerpos. En el espacio elíptico del baile, lo de siempre: el acompasado avanzar y retroceder del *rigodon;* el vértigo del *vals* y la *mazurca,* el contínuo tropezar de las parejas: el fuego centelleante de las miradas juveniles: la actitud ruborosa y tímida de tal cual alumno de colegio que por primera vez se entrega á los peligros de la danza: el mal disimulado fastidio de quien baila por puro compromiso; (acaso por libertar á una fea de una indigestion de *pavo:*) las mejillas de amapola y la respiracion jadeante y fatigosa de quien se ha llevado toda la noche convertido en *molinete*: las luchas más ó ménos latentes y sordas entre la *niña* que quiere quedarse y la *mamá* que desea irse, entre el *pollo* que aguarda impaciente el venturoso *sí* de sus ensueños y la ingrata que le reitera su centésima negativa.... Todo esto y mucho más que en obsequio á la concision omito, me hizo pasar un largo rato de solaz y comentarios, desde mi última fila de espectador.

Abandoné por último la tienda, dispuesto á proseguir mi interrumpida ruta.

Era el momento álgido de animacion y bullicio de la fiesta gaditana. No habia silla en el paseo que no estuviese ocupada, ni metro de terreno que no contuviese un ser humano, ni caseta que no rebosase de gente, ni banda de música que no alegrase los aires con sus marciales armonías.

Solo la elegante tienda del Círculo Mercantil parecióme algo desanimada y silenciosa. ¿Seria acaso porque entre la prosa de lo *mercantil* y la poesía del *baile* media un abismo insondable para el bello sexo? Averígüeló el lector. . . . . .

. . . .

En cuanto á mi breve excursion por lo que pudiéramos llamar la *bourgeousie* de la Velada, seré muy parco y conciso, por no abusar, lector, de tu paciencia.

Allí la perspectiva era diversa, aunque no ménos alegre y animada.

En primer término la caseta del pueblo, único vestigio de la antigua galería corrida, con su hilera de farolillos alrededor de la techumbre, y su abundante coleccion de tipos populares.

Enfrente, cafés y restaurants al aire libre con su servidumbre presurosa y solícita por atender á las necesidades del consumo, y calmar las impaciencias de quien se habia llevado palmoteando media hora en demanda del rico *Moka* ó del fresco *mantecado*.

Aquí puestecillos de juguetes, repletos de tambores, trompetas, Juanes de las Viñas y caballitos de carton, y exhibiendo las consabidas figuras bíblicas del Portal de Belen, la Adoracion de los Magos, la huida á Egipto y el palacio del iracundo Herodes, terror de los párvulos indóciles al sueño.

Mas allá, en la extensa explanada contigua al Hospital, el *coliseo* de Verano donde se rinde culto al arte en sus más *puras* y eróticas manifestaciones. Las cunas y caballos giratorios, embeleso de chicos y granujas. Las clásicas buñolerías, atestadas de golosos, con sus *portiers* de percalina y sus macetas de albahaca; con sus enormes lebrillos y sus sartenes humeantes;

con la típica *flamenca* que sirve al parroquiano su aceitosa mercancía y el alegre *cantaor* que entre suspiro y gargajeo entona al son de la guitarra el jacarandoso *fandango* ó la melancólica *jabera*.

Y detrás de todo esto, y como formando el fondo oscuro de aquel cuadro de animacion y de vida, el negro y vetusto Polvorin que allí cerca se destaca, semejante á la sombra de un Sátiro tras un grupo de Náyades y Dríadas.

. . . .

Avido de nuevas impresiones, me despedí de aquel recinto, y retrocediendo por la misma senda que habia recorrido antes, dirigíme hácia el jardin que embellece aquel trozo de la árida roca gaditana, como esos *oasis* de verdor y de frescura que en los arenales del desierto brindan descanso y refrigerio al rendido caminante.

Penetré en él por una puertecilla lateral. Recorrí sus frondosas veredas de acacias, jazmines y geranios. Visité su invernáculo sombrío y su alegre pajarera, entonces oscura y silenciosa. Sentéme bajo las ramas de un laurel de Indias en uno de aquellos asientos rústicos que tantos coloquios de amor han presenciado. Detúveme luego á contemplar la elegante verja, improvisada allí con la rapidez del deseo, y las bullidoras fuentes de piedra natural, derramando por sus mil aberturas prolongados hilos de agua que salpicaban en el mármol y reverberaban á la luz de la luna como sartas de diamantes....

No puedo explicarte, lector, lo que sentí en aquel abreviado paraiso.

Aquella profusion de candelabros y flameros de gas irradiando en las copas de los árboles, en los pétalos de las flores y en los opacos merenderos cubiertos de espesa yedra... Aquella luz azulada y blanquecina que parecia como brotar de los álamos y cinamomos, bordando de tintas melancólicas los contornos de los pinos y girasoles y dejando ver en lontananza la enhiesta palmera, el corpulento *drago* y la gentil *araucaria*... Aquella aglomeracion caprichosa de *campanillas* y jazmines imperiales entrelazándose en las blancas tapias como si pretendie-

ran traspasar las fronteras del jardin... Todo aquel panorama de belleza, de poesía y de misterio, idealizado por un ambiente de purísima fragancia, por un cielo límpido y sereno, por una soledad y un silencio que contrastaba tristemente con el alegre bullicio del exterior, todo aquel conjunto, despertó en mi alma sensaciones, recuerdos de otras épocas y hasta pensamientos filosóficos, que en gracia á la brevedad renuncio á describir.

Hay que proclamarlo, lector. Si Cádiz es, como se dice, la *perla* del Océano, el jardin de la Velada es, sin duda alguna, el más precioso cambiante de esa perla.

Y aquí es donde me cumple tributar como gaditano entusiasta por las mejoras de mi pueblo, el homenage de gratitud que se debe á la actividad incansable, á la vigilancia nunca interrumpida, al celo perseverante y desinteresado del entendido, honradísimo y laborioso presidente de la Comision municipal de jardines, Sr. D. Luis Chorro.

Bien sabe él que la amistad que le profeso no entra por nada en este tributo de justicia.

Quien vió hace tres años el pequeño jardin del Peregil, y lo vé ahora con sus grutas y sus fuentes, con su verja y su invernadero, con sus pájaros y sus flores, con su esmerada limpieza y su elegante simetría... quien recuerda lo que eran hace poco la plaza de la Merced y la esplanadita adyacente al Hospital Civil, y las vé hoy transformadas en lindísimos recreos... quien sabe cuánto ha habido que luchar para obtener este resultado, ya con la penuria de las arcas municipales, ya con los frecuentes *vetos* de cierta jurisdiccion extraña, ya con las mil dificultades anejas á la gestion administrativa, comprenderá hasta qué punto es digno de reconocimiento y elogio quien sabiendo vencer tales obstáculos y conciliar su obra con la *más* severa *economía*, ha logrado convertir eriales en vergeles.

Perdona, lector, este paréntesis entre lo mucho que tienes que perdonarme, y haz cuenta que he llegado al término de mi excursion.

Si despues de admirar en sus detalles la pintoresca fiesta gaditana, quieres admirarla en su conjunto, sube á la torre del jardin, tiende la vista sobre aquel panorama delicioso, y exclamarás como más de una vez he exclamado yo: *Verdaderamente es esta la Velada de* LOS ANGELES.

Arturo G. de Arboleya.

MI MORENA EN LA VELADA.

. . . .
ni con más gentileza Dios la cria,
ni vá en hombros mantilla más airosa,
ni hay falda con más garbo recogida;
ni ojos más decidores, ni otros lábios
que en más bocas enciendan su codicia,
ni rosa más feliz que la de nieve
que entre sus rizos de azabache brilla.
. . . .

Madrid: 1874.—J. Navarrete.

Desde mi hermosa azotea,
clavada en unos peñascos
de azul y plata vestidos
cuando el mar sube más alto;
una noche que en el cielo
se han dado cita los astros,
sin más nubes que las blancas
neblinas de Santiago;
mientras en el horizonte
el rojo incendio abre paso
á la luna, por las aguas
que riza poniente manso,
tiendo la mirada y veo
mil resplandores lejanos
surgir del mar temblorosos,
nácares transparentando.

Allí está Cádiz: y brillan
mucho más que de ordinario
sus luces; y aun hay momentos
en que surcan el espacio
como lluvia de asteroides,

ó como terrestres rayos,
trayectorias chispeantes,
que apaga el descenso rápido.
Es que el señor Peregil
de la Velada es teatro;
y él, que con sus polvorines,
sus cuarteles y sus varios
pabellones, donde moran
una jefa y tres ó cuatro
subalternas, que dan ganas
de engancharse de soldado
para ir luego de asistente
de alguna y en cuanto el amo
se marche á pasar revista
de ropa, poner el rabo
del ojo en la cara de ella,
y morirse allí penando;
él, que sabe más de listas,
él, que sabe más de ranchos,
él, que sabe más de quintos,
que un reloj sabe de cuartos;
él, que apenas en invierno
á las tres y en el verano
al caer la tarde, un domingo,
logra que crucen sus ámbitos
la morena que yo sé,
y la rubia que yo callo,
y la trigueña que vive
á *esparda* del Gran Teatro;
él que del mar su enemigo
—que en incesante trabajo
sus viejos muros azota,
y para más ultrajarlo
escupirle al rostro quiere
con verdes espumarajos—
oyendo las amenazas,

pasára tiempo tan largo;
aquel Peregil en donde
allá en épocas de antaño
al ir yo por él de ronda
(llevando el farol un cabo)
he visto brotar dos bultos,
así como por ensalmo,
yo no sé si de la tierra,
ó de enmedio de dos marcos
de costa, en las baterías
de Soledad, ó Bilbao,
y al intentar detenerlos
con un "quién vive" y un "alto,"
la una ha dicho: "*Adió, güer moso;*"
y el otro: "España." "Paisano,"
el Peregil de mis risas,
el Peregil de mis llantos,
hecho está un ascua de oro
y puesto de tiros largos.
¡Cuánta preciosa caseta
con su alfombra, su piano,
los floreros de la sala,
y la araña, que el muy bárbaro
del gallego, al conducirla,
le ha hecho polvo medio brazo;
y el espejo grande, contra
la voluntad y el mandato
de papá, que bien lo dijo,
y con razon vá á echar sapos
y culebras, no bien huela
el percance del porrazo,
y mire el chirlo que tiene
la luna por un costado,
y nos vá á dar la Velada,
y quizá tambien un palo.
La Tienda allí del Casino,

donde se alberga lo clásico
de Cádiz, donde jamás,
ni aun en calidad de *lapsus*,
se escucha decir *corcletas*,
ni lucen fondos de vaso;
la que dibujara Alzola
vertiendo el buen gusto á cántaros;
la Tienda más elegante
que forjó el ingenio humano,
y á la cual vá la morena
á quien con fatigas amo,
y desde Madrid tras ella
llego á Rota.... y aquí paro,
que el padre es una alcachofa
y me vá á dar un escándalo,
y ella vá á romper conmigo
no bien le rompa yo á él algo.
Pero yo que sé á mi espíritu
sacar del molde de barro,
á la altura de las Puercas
me transporto, y aun más claro
que dentro la misma tienda,
lo que allí pasa repaso;
que se vé más que en redondo
al mirar de arriba abajo.
Vedla allí, con sus tres rizos
sobre la frente jugando,
sus ojos negros, que saben
más que un Congreso de sabios,
su frente que grita: «¡un beso!»,
su tez morena, sus blancos
dientes, su voz hechicera,
sus inesplicables rasgos
de gracia y fuego en la cara,
su trenza que es un Oceáno,
sus manos, las que Dios hizo

al dejar descostillado
á Adan, su pié, su cintura
y su toque de rebato
cuando se mueve y su atmósfera
y su vestir, combinando
el *faubourg de Saint Germain*
con el de la Viña,—barrio.
Y la pícara me quiere;
¡Vaya si me quiere! ¡y tanto!
ella es viuda de un baron
con *b*, baron valenciano,
y sé que nació en la mar
el año cincuenta y cuatro
cuando la revolucion,
porque el padre era *polaco*,
y aunque no lo perseguian,
él, que despunta por bravo,
al primer «¡Viva Espartero!»
fletó un falucho en el Grao
y á la vela con mi suegra
que estaba *en aquél estado*....
y sucedió el nacimiento
de esa mujer, por quien paso
más penas que pasaria
su mamá dentro del barco:
mora en Madrid, en la calle
del Sauco, que es lo más clásico
del *savoir vivre* y se llama....
el nombre, sí, es chabacano,
se llama Vicenta, y hay
una epidemia de casos
de Vicentas cocineras;
mas aun así la idolatro;
y eso que me cuesta ya
muchos pares de zapatos;
¡pero me dá unos repiques

con los ojos, cuando hago
el oso, *só* sus balcones!.....
tambien me dió su retrato,
y un dedo al darme una carta,
y, en Carnaval, una mano
en el *buffet* del Real,
y otra noche me dió el brazo
al subir á la tertulia
en donde con ella valso.
¡Miradla! ¡qué mano diestra!
¡qué abanico aquel, sembrado
de versos, de las primeras
liras de nuestro Parnaso!
¡qué corro tiene delante!
y habla con todos: sus manos
con cuatro ó cinco, sus ojos
con seis ó siete, sus labios
con una docena; y luego
todas se están ocupando
del ramito de jazmines
que orna su pecho, del lazo,
la mantilla, la peineta,
el vestido, el solitario,
el cinturon, y..... las tontas
dicen que es mucho descaro
su talento; la que tiene
los dientes negros, pecado
y mortal vé en su sonrisa;
la calva, dice que ornaron
otra frente sus cabellos;
la bizca, que están pintados
sus ojos; la jorobada,
la tilda de aire de taco;
su donosura, es mal tono;
sus discreciones, desgarro;
las solteras, á los novios

se los pegan al costado,
y las casadas se comen
con la mirada á sus caros
esposos; pero ellos, nada,
con los pescuezos más largos
que una cigüeña y los ojos
como carbunclos, mirando
á mi baronesa, arrostran
el anuncio de unos trastos
por el aire, y un pellizco,
y de unos monos los dardos.
Y los torrentes de luz,
y las flores de mil ramos,
y los sones de las músicas,
y el resplandor de los astros,
y el concierto de las olas,
las hembras con sus encantos
y sus envidias, los hombres
con sus requiebros profanos
ó místicos, todo, en fin,
á ella se rinde, formando
su pedestal y su incienso
y su gloria y su regalo.
¡Ella es la Tienda! y yo os reto
pollos zancudos, granados
pretendientes, cotorrones,
yo, desde Rota, os emplazo
á que os dé, no ya esperanza,
no ya un apreton de manos.....
un jazmin, del ramillete
que mueve su seno blando.

J. Navarrete.

ROTA: *Agosto 1877.*

LA VELADA

DESDE LA TORRE DEL JARDIN.

Ese bellísimo conjunto, fantástico, ideal, de arte, de armonía y de perfeccion, que se levanta en el paseo de *las Delicias* besado por las olas del Océano y que ha sido erigido con mano pródiga por *el pueblo gaditano*, como para confirmar su buen gusto; precioso marco, formado por multitud de árboles, por millares de flámulas y por innumerables luces en caprichosas formas repartidas; triple línea de verdor, de luz y de colores, presenta y desarrolla á la vista del observador un magnífico panorama, cuyos accidentes y detalles son siempre bellos, siempre admirables, cualquiera que sea el punto donde se coloque á contemplarlo.

Pero hay un lugar especialísimo, desde el cual el panorama es tan original, tan sorprendente, que se hace imposible su descripcion.

Atravesad el primoroso jardin, pequeño oásis que separa el paseo de los desiertos del mar; penetrad en el torreon que se alza en su centro, y salvando la corta espiral que conduce al coronamiento de aquel vigía de piedra, habreis llegado al lugar escogido.

Descansad un momento y preparaos á gozar de la impresion más agradable, del cuadro más hermoso que á vuestros ojos haya podido jamás ofrecerse.

Allí, fija la vista en cuanto ós rodea, os encontrais de un lado y á vuestros piés un inmenso rectángulo, de cuyo centro surgen como flotando en el aire y misteriosamente sostenidos, elegantes pabellones que semejan inmensas canastillas, rodeadas de ricas y fragantes flores, brillando entre torrentes de

luz que repiten el cristal y los bruñidos metales de sus adornos, y donde el más bello de todos es el de aquellos grupos de gentiles damas, que vistas desde el punto de observacion, y por entre los espacios que deja el cortinage recogido en las ligeras columnas de las tiendas, semejan á la fantasía, magníficas pirámides de hermosas mujeres artísticamente colocadas.

En los aires resuenan los variados ecos que las distintas bandas por allí esparcidas lanzan al viento.

La muchedumbre, apiñada y fija en unos puntos, movible y agitada en otros, llena todos los espacios, y sus murmullos en que se cruzan, se chocan, se enlazan, los amantes suspiros, los reproches, las frases llenas de dulce afecto, ó impregnadas de triste amargura, las lisonjas, el odio, el amor, la envidia, el entusiasmo, (el mundo en pequeño con todas las pasiones que forman nuestra pobre humanidad), suben como en inmenso coro hasta el remate de la torre.

Los raudales de claridad que millares de focos luminosos esparcen por doquier:

Los vivos colores de miles de banderas que sirven de remate á tan variadas y caprichosas construcciones y que agitadas por el viento parecen tomar parte en la vida, en la alegría y animacion que surge á raudales de aquel caprichoso conjunto:

Las líneas de verdor producidas por los árboles que circundan el paseo:

Las magníficas fuentes que elevando gruesas columnas de puro líquido refrescan la atmósfera derramándose en menudas gotas, trocadas por la luz en brillantes y cristalinas perlas que llevan su jugoso rocío á los millares de variadas macetas con que se hallan dibujados sus contornos,............................

Son como los colores colocados en la paleta de hábil artista, datos que nosotros consignamos aquí para que la fuerza imaginativa de nuestros lectores pueda pintarse allá en su fantasía un bellísimo cuadro, que estamos seguros no podrá nunca llegar á ser idéntico al original que se dibuja ante la vista del observador instalado en la torre del jardin de las Delicias.

Pero, girad un poco hácia el lado opuesto y fijad los ojos en el otro extremo del panorama.

Un largo y ennegrecido muro nos separa de las aguas del mar.

En su remate, se alza ese gigante de piedra que ha visto pasar á sus piés y desaparecer razas y pueblos distintos, desde el fenicio al árabe, y que cuenta por millares los años de su existencia.

En su cabeza guarda la luz de la esperanza para el navegante que confia á frágil leño la seguridad de su existencia.

Al extremo opuesto, otro faro, el de *Chipiona*, obra de los modernos, lanza tambien brillantes rayos desde su esbelta y gallarda torre, compartiendo con su hermano el de *San Sebastian* la guarda y centinela del marino.

En medio de estas dos áncoras de los navegantes, vése en el horizonte lucir la blanca lona ó subir la negra espiral de algun buque que viene hácia nosotros ó que se aleja de nuestro puerto.

Aquí no hay, sin embargo, todavía más que la mano del hombre, siempre limitada, siempre pequeña.

Pero, fijaos en la inmensidad del Océano; en lo ilimitado del firmamento que nos cubre con su grandioso manto tachonado de brillantes estrellas; mirad la luna asomando yá las pálidas hebras de su flotante cabellera por el extremo horizonte, y su hermoso disco repitiéndose en millones de imágenes que rielan sobre la limpia superficie de las tranquilas aguas.

¡Tal cuadro, no hay artista que lo traslade al lienzo con entera verdad! Su grandeza, solo se siente!....

De un lado, la alegría, el movimiento, el bullicio.

Del otro, ¡la soledad, el silencio imponente, misterioso como lo desconocido!

Aquí la luz, aunque múltiple y variada, siempre pequeña, siempre limitada á un espacio exíguo, determinado, conocido.

Allí, esos inmensos focos luminosos que aun hallándose enclavados á fabulosa distancia de nosotros, todavía hieren nuestra vista con la intensidad de su luz; ese hermoso cuerpo

celeste, magnífica lámpara sostenida sobre nuestras cabezas por la mano del Omnipotente, con una fuerza misteriosa, que si hemos llegado á comprender, jamás podremos realizar por nosotros, muestra aunque la más cercana, la más pequeña tambien, de millones de mundos que giran magestuosamente en los espacios por la sola voluntad de su potente Creador....

En un lado, todo limitado, pequeño, finito.

En el otro, ¡todo grande! ¡magestuoso! ¡inmenso!

Aquí lo bello. La obra del hombre.

Allí, ¡lo sublime!................. ¡La obra de Dios!

José Franco de Terán.

CÁDIZ: *Agosto 1877*

ENSUEÑOS.

En la hora en que la noche
finca del albor cercana,
ya acumplidos del su curso
dos tercios, en su jornada;
cuando yaz todo en silencio
é solo los gallos cantan,
por licencia del Eterno
que le plugo ansí acordarla
para traer al que vela
de Pedro la remembranza
é guarirle, de tal guisa,
las durezas de su alma;
cuando, en sombras, la natura
por el sueño anda embargada,
é non se oyen vocerios,
nin se tañen las campanas:
é las aves aina están
posadas sobre las ramas,
tomadas por el sopor
con sus picos bajo el ala,
codiciosas que fulgure
por parte de Oriente el alba,
para ledas saludalle
con las sus lenguas harpadas;
é los homes adormidos
con Morfeo se reparan,
dando al olvido lacérias,

supinos sobre la lana:
ca Diago, para consuelo,
nos la otorgó por triaca
é otro si por sage aviso,
ca seyendo semejanza
de la muerte, con colores
los novísimos nos traza
é ruines postrimerías
de la triste vida humana.
En la hora en que los libros
é las leyendas nos marcan
que dexando el su sosiego,
si es que gozan merced tanta,
los espíritus foletos,
familiares é fantasmas
é los trasgos é los duendes
é gentes d'aquesta laya,
preparan encantamentos,
figuras, filtros é magias,
é los viles maleficios
de vedada nigromancia;
é cavalgando en escobas
las brujas endemoniadas
saliendo por chimeneas,
cual pella por cerbatana,
en suspension por los aires
á sus aquelarres marchan,
poniendo espanto en los ojos
de quien las vé por desgracia.
E cuando, por finiquito,
por densas sombras velada
la noble é leal Sevilla
á la quietud se entregaba
del beleño natural,
en grata, nocturna calma,
persona, que con asombro,

lo vido, tras su ventana
á do extremos de calor
leváronlo con gran ánsia
de mitigar sus ardores
con las matutinas áuras,
asegura paladino
que acaesció, en tal vegada,
abrirse de par en par
las viejas puertas ferradas
por adonde los Perlados
é los Reyes hallan plaza,
una vez en la su vida
á la Basílica Santa,
non tornándola á pasar
si non es con la mortaja:
rechinaron en sus goznes
é girando en sus visagras
ambas á dos las sus hojas,
sin saber de quién forzadas,
é dieron salida á un home
de presencia asaz gallarda,
aderezado de rua
é ciñendo rica espada,
á creer por los reflexos
de una luna azul é clara
que ésta tan medrosa hora
dende suso iluminaba:
á los porches de la Igreja,
dirigió el home su marcha,
do grande tropel de gente
luengo tiempo lo esperaba.
Recebiéronle con júbilo
faziéndole muchas salvas
é muestras de gran respeto
é finezas bien dobladas;
é despues, tras largo trecho

de mormullo é de algazara,
fiziéronle pleitesía
de finojos á sus plantas,
é besándole sus manos
le dixeron: «¿Qué nos mandas,
Rey Alfonso, que á la vida
tornamos, otra vegada,
leales al tu comando
como en edades pasadas?»
«Levantavos.» Dixo entonces,
con amor el buen monarca,
é plúgole ansí seguir
con palabra reposada:
«Ha ya tiempo, mis vasallos,
e nobles de la mi guarda,
ricos homes é infanzones
e escuderos de mi casa,
ha tiempo que hasta la huesa
donde en secular mortaja
el postremo juicio esperan
mis cenizas olvidadas,
llegaron, atravesando
la mi losa funeraria,
dulces ecos amorosos
de fugaces bienandanzas
que me trajo el manso Bétis,
en las sus ondas de plata,
dende la ribera altiva
de aquella cibdat amada,
valladar de ambas Castiellas
contra la furia africana;
e que yo arranqué arriscado
de las muslímicas garras
é donde implanté la Cruz
cual sennora de las aguas,
curando venza en tal signo

á las estrellas contrarias.
Cosas dinas de admirare
los tales ecos me fablan
de fiestas que hi se poblican
que do quier, la fama canta,
de los alzados palenques
é de alcatifas del Asia,
é bordados reposteros
é toros, cintas e cañas
é otros mil divertimientos,
en leyendas variadas
que mi mente, bien derechos,
á descifrarlos no alcanza
por sus concetos sotiles
que juzgo de extraña fabla.
E ansioso de contemplare
maravillas tan bizarras,
como diz el mundo entero
que en la cibdat gaditana
se acumplen por este tiempo
al fazerse la Velada;
despertando, al dulce encanto
de tan poderosa magia,
del sueño de tantos siglos,
é rasgando mi mortaja,
paños mejores me visto,
e aliñándome estas galas
vos convoco, de esta guisa,
para que en la mi compaña
caminemos fasta Gades
á ver maravilla tanta:
ya que es tal su poderío
que, cual vedes hoy nos saca,
de las criptas do yacemos,
tan solo para gozallas."
Acogieron de buen grado,

sus nobles tales palabras,
e faciendo al conquerante
de la cibdat gaditana,
cortejo con sus personas
en sus bridones cavalgan;
é volando cual los cierzos
su carrera ya non paran
fasta llegar de Gadir
á las arenosas playas.
E dicen homes sesudos
que nin mienten nin se engañan,
que fué asaz tanto el asombro
que de admirar la Velada
hovieron tales personas,
que se quedaron sin habla,
magüer que tan sabios eran
e habian visto cosas tantas,
que al su parangon ninguna
llegar pudo á las sus trazas;
e añaden que muy mohinos
despues de bien contemplallas
tornaron de mal talante
á sus fosas olvidadas
por non poder, cual vivientes,
á placer suyo, gozallas.

Leyente, non sé decirte,
por la fé de mi palabra,
si esta historia es verdadera
ó tan solo imaginada:
ca non sé si la miré
con los ojos de mi cara
ó la ví patente en sueños,
cobijado en las holandas:
pero decirte hé tan solo,

por si fuese al cabo falsa,
que por asaz verisimil,
sin puntas de imaginaria,
la terná quien venga á Gades
é que vea su Velada.

Pedro Ibañez-Pacheco.

Cadiz: *Agosto 1877.*

LA CARIDAD EN LA VELADA.

¿Cómo personifica el ingenio del artista las más veces la virtud de la caridad? En una bellísima jóven sobre cuya cabeza resplandece viva una llama. Con su brazo izquierdo estrecha contra su seno un pequeñuelo. Otros dos de pié besan ó estrechan tambien la diestra que ella les ha ofrecido cariñosamente.

Y esto que parece imágen de la fantasía, tiene realidad en la *Velada* de Cádiz.

La serenidad de las noches, la hermosura del sitio, los aromas de las flores en un jardin á la orilla del mar tranquilo, las luces que profusamente han ahuyentado las sombras, la alegría en los ánimos, la dicha en algunos corazones, la esperanza en tantos, todo hace gratísima la vida. Pero hay en esta festividad tan lisonjera algo que conmueve más el alma, y que deja tras sí una memoria más dulce, permanente y amable.

Bailes, músicas, iluminaciones, sonrisas, promesas, son sombras fugitivas que desaparecen y que llevan el nombre de goces y de felicidad.

Una modestísima tienda en la *Velada*, por ser única en su género, llama la atencion. No es el lujo, no es el capricho, no el deseo de amar y ser amada, no el anhelo de una distraccion inocente ó pasajera lo que lleva allí á la juventud radiante de hermosura.

Cada belleza que concurre á esa tienda es un retrato verdadero de aquella caridad ideada por los artistas.

No abrazan ni las abrazan pequeñuelos desvalidos, es cierto; pero por los desvalidos pequeñuelos dejan la alegría del

baile ó del paseo, porque van á la rifa que en la *Velada* se celebra todos los años para atender al sostenimiento de las escuelas católicas. Ponen, pues, al servicio de la caridad aquel glorioso don del cielo conocido por la belleza, ese esplendor que ilumina el alma, y atractivo singular para los corazones que sienten y saben sentir.

¿Qué hay más bello que la juvenil belleza empleada en atraer los corazones para una obra tan grata á Dios como sublime para los hombres?

Nunca es la beldad más destello de la divina, que cuando se ejercita en la proteccion del desvalido y en el socorro de la inocencia, con afabilidad dulce y alegre, con amor puro, tierno y verdadero, con bondad clemente y admirable, con modestia preclara y sincera, y con la elocuencia poderosísima de unos ojos tan hermosos por su mirar como porque lo dicen en un idioma, que aunque es idioma del cielo, se puede entender muy bien en la tierra.

¡Oh! evidentemente las nobles hijas de Cádiz más engrandecen nuestra *Velada* con sus atractivos dedicados al bien de los infelices que con la ostentacion de sus galas.

Sin caridad todo el resplandor de la belleza se convierte en sombra.

Quien llegue por vez primera á la ciudad de Cádiz y concurra á la *Velada* y vea á las jóvenes, gloria de su solar de venturas, dando ejemplos de caridad celeste y recuerde que la *Velada* misma lleva el nombre de los Angeles, podrá tal vez decir: "¡Oh nombre el más oportuno y dichoso! Sí: allí diviso ángeles en humanas formas, ángeles ornados de seda, preciosas piedras, flores y oro. Pero esto es apariencia y no más: sus galas son la inmortalidad, la gloria eterna: su belleza es más que belleza, porque es incorruptible: son llamas resplandecientes del amor divino. Esa juventud y esas beldades que con la voz de la misericordia nos llaman para el auxilio de la niñez y para la salvacion de sus almas, son las de los ángeles mismos que así se nos presentan como el modo más halagüeño que cabe en lo posible para la vista débil de los mortales!"

Y de quien esto dijere no se afirme que lo asegura por el entusiasmo, ó por la ilusion de los sentidos.

La vida de la caridad es la vida de los ángeles.

El que en la *Velada* los mira, acepta sin violencia tomar parte en la obra generosa á que su beldad tan dulcemente los llama.

¡Oh fiesta que tanto ennobleces á Cádiz, aun más que por tus encantos por el de esas jóvenes delicadas que erigen un altar á la caridad enmedio de las pompas y los regocijos del mundo! ¡Oh noches deliciosas, que al pasar dejan por la belleza y virtud de las hijas del gaditano suelo, recuerdos de que la bondad no es perdida entre los sones de las músicas y el fulgor de tantas luces! ¡Oh galas! ¡oh alegrías! vosotras sin saberlo no sois más que instrumentos halagadores con que por la Providencia divina, respondiendo á la caridad, venís en afanosa muchedumbre á congregaros para que se despierten los corazones á contribuir á la obra grande de la educacion de la niñez pobre!

Y vosotras, jóvenes que convertís vuestra terrena belleza en belleza inmortal, con ese sentimiento cristiano, si alguno ó algunos al contemplar lo que sois y lo que valeis, se cree en la presencia de los ángeles, y os pretendiere tributar la adoracion que á otro ángel que lo guiaba quiso dar el Discípulo amado, no lo consintais como aquel espíritu divino no quiso consentirlo. Los ángeles no pueden permitir que se adore más que á Dios.

Pero los que vemos vuestra beldad, santificada por el bien que ejerceis, podemos dedicaros libre y cristianamente con el amor, la gratitud, y con la gratitud y el amor la admiracion y el respeto.

Adolfo de Castro.

LA VELADA

DE LOS ANGELES DE CADIZ

VISTA

DESDE ROTA.

Tres noches há que vése desde Rota,
al léjos, en la oscura inmensidad,
una ráfaga espléndida que flota
entre el cielo y el mar.

Constelacion de estrellas refulgentes
que bajó de los reinos de la luz
á bañarse en las olas transparentes
del Occeano azul.

Hilo de perlas, sarta de brillantes,
que orla de Cádiz la gentil cintura,
mostrando á los remotos navegantes
la mansion del amor y la hermosura.

Aparicion radiosa, que despierta
los antiguos anhelos de placer,
el dulce afan de la esperanza incierta,
las memorias de ayer...

Porque esa perspectiva misteriosa,
esa iluminacion del Occeano,
es la *Velada* alegre y bulliciosa
del pueblo gaditano.

Es un reflejo que á la mar envia
aquel foco de lujo y de esplendor,
aquel centro de gloria y de alegría,
aquel templo de amor.

Y, al verlo de las márgenes lejanas,
parece que fulguran en las olas
los ojos de las bellas gaditanas,
ninfas del mar, nereidas españolas.

Y parece que vienen en las brisas
suspiros de sus tiernos corazones,
la música gozosa de sus risas
y el eco de sus lánguidas canciones.

Mas cuando, tarde ya, sale la luna,
triste y menguada como adversa vida,
ó más bien como un alma sin fortuna
que cruza el mundo sola y dolorida,

Se amortiguan y apagan á lo lejos
las luces de la mágica ciudad,
y brillan solamente los reflejos
de la pálida luna sobre el mar.

¡Velada de los Angeles! Velada
te pudieras llamar de los Amores;
pero no para el alma fatigada
que vá ya de la vida en retirada
por una senda de marchitas flores!

P. A. de Alarcon.

ROTA *4 de Agosto de 1877.*

CADIZ Y SU VELADA.

Miradla: allí, junto al mar
que ronco se agita á solas
batallando sin cesar;
vedla: la viene á arrullar
el concierto de sus olas.

Ellas le dan su armonía
que un triste rumor parece,
préstale el aura poesía,
y sus perfumes le ofrece
el cielo de Andalucía.

Cielo que, puro al brillar,
nunca su alegre reflejo
van las nubes á entoldar;
cielo, en fin, digno del mar
que lo retrata en su espejo.

Y al mirarlo sosegado
no acierto, en mi dulce anhelo,
qué es por mí más admirado,
si el mar que retrata al cielo,
ó el cielo en él retratado.

Vision de dicha soñada!
A tender su manto empieza
la noche, triste y callada,
y es el centro la *Velada*
del placer y la belleza.

¡Cádiz! la ciudad primera
de todas las que altanera
azota la mar bravía;
si yo cantarte supiera...
¡con qué afan te cantaria!

Mas ¡ay! que en mi malestar
comprende al fin mi desvelo,
que no se pueden cantar
estas auras y este mar,
esta tierra y este cielo!

Juan Antonio Cavestany.

JUNTO AL MAR.

Allí, la fiesta en su febril locura,
mar de luz, oleadas de armonía;
aquí, la noche con su niebla oscura
y la insondable inmensidad sombría.

Allí, el tumulto del torrente humano,
de amor el himno, del placer las glorias;
aquí, la soledad del Oceano,
hondo terror y lúgubres memorias.

Al clamoreo de la fiesta vana
se une del mar el temeroso ruido:
siempre en el fondo de la dicha humana
resuena melancólico un gemido.

Arístides Pongilioni.

UN DIA APROVECHADO.

CADIZ: *Agosto de 1877.*

Mi querido Isidoro: desde el lecho del dolor, y molido, bizmado y sin alientos, tomo la pluma para hacerte una, aunque ligera, reseña de mi excursion á esta ciudad y para que con este mi aviso procures calmar las inquietudes que despierte mi ausencia entre esos amigos.

Ay, mi querido Isidoro! Cuán cierto es que la dicha y los placeres dañan y agobian tanto como la desgracia y los pesares! Mi actual dolencia, leve por fortuna, aunque molestísima, no reconoce, amigo mio, otra causa, que la de haber abusado de los goces y recreos que nos ha ofrecido ayer la Velada de Cádiz, abusos á que la índole de mi carácter, de suyo alegre y bullicioso, me expone á cada paso.

Como sabes, salí de esa en un tren extraordinario, anunciado por la Empresa como *tren de placer*. Encajonado entre dos señores de respetable corpulencia que echaban humo de sus cuerpos y que no permitian al mio el más mínimo movimiento; cuando alguna que otra vez procuraba recrear la vista con el panorama de los campos, veíame imposibilitado de conseguirlo entre abdómen y abdómen, cual si me hallase sepultado entre las dos más altas montañas de la cordillera Cárpeto-Vetónica.

Tuve además que prescindir de mi aficion favorita por no poder llegar con la mano hasta mi petaca, que habia colocado en uno de los bolsillos de la rotonda de mi americana, y como mis monstruosos *adláteres* habian,—no sé si de co-

mun acuerdo,—decidido dormitar, estrechando mi cárcel, recurrí á la virtud que ha inmortalizado á Job, y esperé pacientemente una ocasion en que escurrir el bulto. Más de dos horas de viage llevaba el tren, cuando llegábamos á *Las Cabezas de San Juan*, y el recuerdo de Riego, que como sabes, dió allí su *célebre grito*, me inspiró á mí uno, si no tan histórico y trascendental como aquel, tan sonoro, espontáneo y natural como otro cualquiera. Trepidaron á mi voz ambas moles, pude moverme, adoptar posicion más cómoda y desembarazada y respirar y fumar al fin, que era lo que más apetecia. Puesto de nuevo el tren en movimiento, pasamos por Lebrija y por el Cuervo donde no ví ninguno; aspiré en Jerez las saludables emanaciones de sus privilegiados viñedos,—con lo que, mal mi grado, hube de contentarme,—ensanché con gusto los pulmones en el Puerto de Santa María, merced á la fresca y *salerosa* brisa del Occeano y, despues de saludar á la histórica villa de los Reyes Católicos y á la importante ciudad que lleva el nombre de nuestro Santo Rey, llegué á Cádiz un tanto molido, pero contento, satisfecho y dispuesto á divertirme grandemente.

Las once de la noche eran cuando atravesaba yo la plaza de San Juan de Dios y meditaba el plan que debia seguir, indeciso entre ir en derechura á la Velada y aprovechar la última hora del sábado, ó buscar una fonda donde descansar, para hallarme á la mañana siguiente en disposicion de apurar todo el programa de fiestas que me habia seducido. Opté prudentemente al fin, por mi segundo proyecto y á la media hora, mi asendereada humanidad daba tumbos sobre el turbulento colchon de muelles de una fonda, logrando cojer á los pocos momentos un sueño profundo y reposado. A las cinco de la mañana desperté. La ténue luz de los albores del nuevo dia penetraba por las rendijas de mis puertas y "llegó el momento," dije, incorporándome en la cama. A los diez minutos estaba vestido; á los quince en la calle y antes de los veinte, entraba resueltamente por el paseo del Peregil, sitio de la Velada.

No estoy para descripciones, querido Isidoro; por lo tanto, sólo te diré que en aquel delicioso lugar donde se levanta un elegantísimo campamento de graciosas tiendas todas del mejor gusto y primorosamente ataviadas, muchas personas, unas tan madrugadoras como yo y otras con evidentes señales en sus semblantes y vestidos de no haber dormido en casa, transitaban entre alegre algazara y vocerío, dando vida y animacion á aquel bellísimo cuadro. Un fresco y agradabilísimo viento poniente purificaba la atmósfera y, á su soplo, miles de banderas y gallardetes flameaban sin descanso en caprichosos giros como agitado mar de colores.

De esta suerte, Isidoro de mi alma, amaneció para mí el dia en que tanto pensaba divertirme y en el que me divertí más de lo que pensé.

Mi objeto era no perder distraccion alguna, y cruzando aquel paseo, me dirigí al sitio destinado á los restaurants, cafés y buñolerías, donde la concurrencia y el bullicio eran extremados. Muchos pliegos de papel necesitaria para detallarte ahora todo cuanto se me ocurre á propósito de cada fiesta ó espectáculo que presencié ó en el que fuí actor; pero no está mi cabeza para gracias y pormenores, y temo además gastarme toda mi fortuna en franquear esta carta que, segun la nueva tarifa, no ha de dejar de costarme algunas docenas de perros grandes y chicos.

Oye, pues, tan solo la relacion sucinta de los hechos. Acercándome á uno de aquellos Restaurants, pude pillar un velador que abandonaban una moza descarada y dos ternes no muy bien encarados y con la vista en todas partes y los oidos alerta, uní mi voz al coro general y, con toda la fuerza de mis pulmones, pronuncié esta sola frase: *café!*

"Allá vá," me contestó no se quién ni de dónde. Lo cierto es que los mozos que servian pasaron muchas veces por delante de mí sin hacerme caso: entre aquel bullicio, de gritos, golpes, aplausos, mesas que se tumbaban y botellas y vasos que se rompian, me llevé perplejo más de quince minutos y admirando el buen humor y la alegría de este pueblo en tales fiestas.

—Ha pedido V. señorito? díjome al fin uno de los camareros que por allí cruzaban como el procurador del *Duende*.

—Sí, hombre; sírveme café.

—Lo quiere V. de batalla? me preguntó.

Como no tengo aspecto de militar y el mozo me miraba con una seriedad inalterable, no concebí sospechas de que esa pregunta fuera efecto de error ó insolencia. Qué clase de café seria aquel que se me ofrecia? La curiosidad me sedujo y sin pensarlo mucho, "trae café de batalla," le contesté.

A los dos minutos tenia delante una taza llena de un líquido desconocido para mí y á traves del cual veia perfectamente el siguiente letrero en el fondo del continente: *Pickman. Sevilla 1874*. Tomé un sorbo y comprendí en seguida todo el secreto del *café de batalla*. Te recomiendo, Isidoro, que no lo tomes nunca. Es malo y caro. Cuatro cuartos me costó la pócima.

El eco de unas alegres malagueñas me arrancó de aquel sitio, llevándome hasta una buñolería cercana donde una muchacha cantaba, entre el palmoteo de apiñado concurso y al compás de una guitarra. No sé el tiempo que hubiera allí permanecido, pues bien sabes que me *pirro* por las escenas populares, si un movimiento general de la multitud no me hiciera comprender que algo pasaba al otro lado del paseo. Comenzaban las carreras de cintas é íbase á jugar la cucaña y un público numeroso y alborozado seguia con interés las peripecias de la fiesta.

La suerte me deparó sitio entre dos bellisimas muchachas, cuyos lindos rostros, frescos y sonrosados como flor que abre su cáliz al albor del dia, estaban diciendo: *comedme*. Intenté entablar con ellas un dialoguito, pero las preciosas niñas no tenian ganas de conversacion, y, aunque aventuré algunas frases vagas, pero que á mí me parecian muy chistosas y muy apropósito para moverlas á hablar, solo obtuve por respuesta gestos sérios y miradas que decian: "está V. perdiendo tiempo," ó "no le conocemos á V." ó bien "váyase V. á freir espárragos."

Resuelto estaba yo, sin embargo, y empeñado mi amor

propio en oir la voz de mis lindas madrugadoras, cuando, hijo de mi alma, ocho ó nueve arrobas de carne humana gravitaron de repente sobre mi pié derecho, de tal suerte que creí que me iba á ver privado de su uso para el resto de mis dias. Lancé un grito ahogado y, con la fuerza del dolor, me entregué al más desordenado baile que pudiera soñar una bacante antigua; grito y baile que el empedernido concurso que me rodeaba encontró, sin duda, cómico y festivo, segun de ello se reía y regocijaba, no siendo las últimas en semejante tarea mis bellas silenciosas, por más que ocultaban su hilaridad tapándose la boca con los abanicos.

En los caprichosos giros de mi no acostumbrada danza, sostenida por el pié izquierdo y agitando en el aire el derecho inválido, fuí á dar en la escalinata de una tienda, donde algunas jóvenes repartian pan á los pobres. No sé qué de lastimero y dolorido habria en mi cara, que una de las jóvenes me alargó sin vacilar media hogaza de pan, á cuya accion respondió allí cerca una carcajada argentina lanzada por una de las más deliciosas bocas que ha criado la naturaleza.

Dí las gracias á mi caritativa protectora que era una morena saladísima, que al conocer su error, se puso tan coloradita como una cereza, aunque sonriendo en medio de su turbacion, y me dirigí al sitio donde se hallaba la propietaria del nido de perlas que habia dejado escapar aquella alegre cascada de notas sonoras. Y era, Isidoro mio, la sabrosísima rubia que tanto me *hizo hacer el oso* en la feria de Sevilla y que, en aquel momento, despues de haber tomado parte en la reparticion del pan, restauraba sus fuerzas con una jícara del chocolate con que los galantes socios del Casino obsequiaban á sus favorecedoras.

Isidoro, estaba monísima! Si vieras con qué coquetería llevaba á sus labios el bizcocho, despues de haberlo sumergido en la jícara, sujetándolo con los dedos índice y pulgar y levantando el meñique con todo el salero del mundo! Si vieras qué boquita ponia para tomarlo sin mancharse los labios! Qué miradita tan escrutadora paseaba despues por el peto

de su vestido para asegurarse de que no habian caido en él migajas inoportunas, y con qué intencion tan pérfida levantaba despues su mirada hasta la mia!

No hay que decir que como en esta *Velada* se baila tanto ó mejor dicho se baila todo, muchacha que acababa su jícara ya la estaba bailando. A despecho de mi magullado pié, lancéme á la arena del combate y, enlazando el talle de mi divina rubia, que en desagravio de su risa, me concedió el favor de bailar con ella, y al compás de un vals de Strauss que tocaba una banda militar, devoré veinte veces por minuto el espacioso salon de la tienda. Y este vals, Isidoro, ha decidido mi porvenir. Lo que no conseguí en tantos dias de suspiros y de paseos, lo he logrado en diez vueltas de vals. Yo creo que esto es atmosférico: por lo ménos, solo así puedo explicarme la nube de casamientos que sale todos los años de la tienda del Casino. Si las muchachas casaderas de toda la Península lo entienden, deben venir á Cádiz á pasar el mes de Agosto.

Pero el sol seguia á más andar su carrera y el calor dejábase sentir más de lo conveniente, y los concurrentes á la tienda comenzaron á desfilar. Fuése tambien la rubia de mi corazon, no sin antes haberme dicho que á las tres iba á los baños del Cármen y á la noche volveria á la tienda, y yo la acompañé con la vista desde el peristilo hasta que, en union de mi futura suegra, tomó asiento en el carruage que cerca de allí las aguardaba. Entonces, la embriaguez de mi amor correspondido cedió su puesto á otro sentimiento más prosáico; hiciéronse más pronunciadas las insinuaciones de mi olvidado estómago y, como movido por fuerza instintiva, me dirigí á un *Restaurant* de los que en el mismo paseo se levantan y á cuya puerta se leia esta elocuente frase: "*Hay menudo.*"

Sí, habia *menudo*, pero no habia mesa ni silla desocupada y tuve que esperar turno. Por fin pillé hueco, híceme servir una racion del *flamenco* manjar, y en la operacion de consumirla estaba, cuando invadieron el local tres amigos que no encontrando otro sitio, vinieron á instalarse en mi mesa. Hablóse entre otras cosas de la corrida de toros que debia verifi-

carse por la tarde, y esto me recordó que no me habia cuidado de tomar mi billete. El despacho está situado á no sé cuantos millones de leguas del sitio en que me hallaba, pero me decidí á ir en el acto á buscarlo, y mis amigos se brindaron á acompañarme.

No creas Isidoro, que el llegar allí sea cosa fácil. La impaciencia me devoraba, pues á las tres debia estar en los baños del Cármen; pero hube de resignarme á hacer en mi camino las estaciones exigidas por la costumbre. Al pasar por la plaza de San Antonio, tuvimos que detenernos á la puerta de *La Colonial,* donde varios amigos nos brindaban con copas de manzanilla. Hubo que aceptar el convite y tomar dos copas y darles la otra y tomar la última y luego otra última, y últimamente salimos á ocho copas por cabeza y con esta no muy segura. Tirando de mis compañeros logré salir de allí, y al llegar á la calle de la Novena, tuvimos que detenernos otra vez *malgré tout* para aceptar y dar y volver á aceptar unas copitas de amontillado *Macharnudo* que ha hecho célebre á la *Cervecería inglesa* donde se expende. Por fin llegamos al despacho de billetes y allí, entre apretujones y golpes, y á costa de un boton de la levita y un nuevo pisoton en el pié izquierdo que trasmitió simpáticamente sus sensaciones á su ya experimentado compañero, logré adquirir el billete que necesitaba.

—«A dónde vamos ahora?» dijo uno de mis amigos.

—«A los baños del Cármen,» contesté decidido.

—«Hombre te has vuelto loco? Si están á una legua!»

—«Aunque estuvieran al fin del mundo!» Dije, y apreté á correr en medio de la rechifla de mis amigos, que á gritos me daban cita para la plaza de San Antonio.

Eran las tres cuando entraba yo en el espacioso y alegre salon de descanso de los baños, que semeja la cámara de un buque. Allí estaba ya mi ídolo esperando turno. Habia pocos hombres, pues el sexo fuerte se habia decidido por los toros, pero el salon estaba ocupado en su totalidad por la reunion de niñas más guapas que has podido imaginar en tu vida. Es un espectáculo que merece un viage á Cádiz. Descollaba entre

todas ellas la rubia de mi alma, teniendo al lado á su apreciable mamá, y, juzga, Isidoro, si estaré enamorado, que mi mamá suegra, á pesar de sus rizos sobre la frente y del bigote que sombrea su labio superior y de sus pretensiones de buena moza y de las miradas de hiena que tantas veces me ha echado, no ha logrado serme antipática; y muchas veces me he sorprendido á mí mismo y la he sorprendido á ella, mirándola con infinita ternura. Acaso, no le deberé mi futura felicidad? No es ella, por más que en ocasiones me extrañe, la que se dignó parir ese prodigio humano, para que, con el tiempo, fuera yo poseedor de una suma infinita de perfecciones? Verdad es que, en el momento crítico, no pensaria en mí la digna señora, pero ¿he de agradecer ménos, por eso, el resultado de su dolorosa tarea?

En esto, levantóse mi ídolo y se dirigió al cuarto que le tocaba en suerte. Yo no sé quien vestirá á esa criatura; pero te aseguro que la modista no es de éste mundo. Aquel conjunto de sencillez y de elegancia es obra de hadas seguramente. Sentí como un vértigo y entrando en el primer *cajon,* que así se llaman los cuartos de baños, y pidiendo el ropage *ad-hoc,* sin acordarme del suculento almuerzo y de las libaciones posteriores, me lancé al agua. Queria sentir el abrazo de las olas que iban á acariciar á mi adorado tormento. Allí, frente al cajon donde ella habia entrado, y donde á través de la estera guardadora del pudor femenil, la veia mi imaginacion, permanecí estático, flotando como una boya, entre el ruido de algunos zánganos que recíprocamente se propinaban las clásicas *caladas* é indiferente á las embestidas de un niño que á mi alrededor daba vueltas como un mosquito, con su aparato de corchos, y que tenia á bien agarrarse á mí cuantas veces perdia la confianza en el salvavidas. Desde allí oí el grito que arrancaba á mi bella la frialdad del líquido elemento, y ví la agitacion del agua movida por sus alegres juegos y escuché la desapacible voz de mamá diciéndole que tuviese juicio. Fué un momento que no olvidaré mientras viva.

Pero todo tiene su término y lo tuvo tambien el baño,

que creo ha estado á punto de ponerlo á mi existencia. Salimos de allí, fuí en seguimiento de mi bella hasta dejarla instalada en su domicilio, en cuya puerta me dirigió una tierna mirada, y pensé entonces en mi olvidada cita para ir á los toros. Qué viaje, Isidoro! Lo que se bebe en esta tierra! Yo creí que jamás llegaríamos á la plaza. Entablóse entre mis amigos una discusion sobre dónde se bebia *la mejor caña* y cátate que, á pesar de mis observaciones, no habia tienda en el camino delante de la cual no hiciéramos una estacion. Fué la última una que nombraron de *la Escalerilla,* cuyo vino manzanilla mereció unánimemente el calificativo de *la gran caña*. Yo creo que, para los aficionados, el mejor vino es el último que beben, sobre todo cuando ya han bebido mucho.

Llegamos á la plaza de toros, y aquí permíteme, amigo mio, que ligeramente proceda á terminar esta carta. El baño me habia dado por lo pronto una energía ficticia; pero estaba ya realmente destrozado. Yo no sé lo que pasaria en la plaza, que estaba muy animada, y hasta creo que me dormí. A la terminacion del espectáculo y entre la confusion que reinaba á la salida, me encontré sin mis amigos á quienes inútilmente busqué largo rato, dando lugar á que se llenasen todos los carruajes y me viera en la necesidad de emprender á patitas el regreso. Nada te diré de mi peregrinacion en busca de comida, á través de todas las fondas, restaurants y tiendas de Cádiz, literalmente atestadas de gente! Ni siquiera tengo, en este momento, seguridad de haber comido.

Eran las nueve y media cuando corrí á la Velada. Qué cuadro, Isidoro! Para ser justo, debo declararte que no he visto cosa igual en mi vida. Entré en la tienda del Casino donde no habia ya ni una silla desocupada. Realmente, ya no podia moverme, pero la mirada de mi hermosa rubia me infundió ánimo, y lo creerás? Bailé y bailé no sé cuantas veces y á las doce de la noche acompañé á mi niña hasta su casa y despues.....

Aquí terminan mis recuerdos: tengo una vaga idea de que llegué á la Fonda y que subí á mi cuarto sostenido por el camarero. No sé más. Habia despilfarrado mis fuerzas en diez y

nueve horas de incesante movimiento y ya habian llegado á su límite. Pero me siento feliz, Isidoro: soy amado y me he divertido; qué más puedo pedir?

Está demás que te diga que ya no dejo á Cádiz hasta que lo deje mi niña de mi alma. Quieres que te dé un consejo? Ven á acompañarme: verás, dentro de unos dias, unas carreras de caballos que no habrás visto en parte alguna ni espectáculo más animado, ni hipódromo más alegre, ni *Stand* más elegante, ni más buen tono y más lujo y más muchachas bonitas. Las carreras de caballos son en Cádiz una cosa notable. Y en la duda de que el cielo pudiera estar cerrado para tí en la otra vida, bueno será que aproveches en esta el paraiso de felicidad y alegría que ofrece la *Velada de Nuestra Señora de los Angeles*.

Tuyo siempre, PEPE.

Por copia, J. de V.

EL AGUA DEL PUERTO.

A gozar de la Velada
vino, aquí desde su pueblo,
el señor don Juan Frijones,
personage vejeriego
que habia sido, allá en su tierra,
yo no sé si fiel de fechos
ó cosa de más valia
que en esto no estoy muy cierto.
Compróse, al llegar á Cádiz,
en "el Aguila" un buen terno,
es decir, un pantalon
con su chaquet y chaleco,
para estar, segun decia,
en el Peregil al pelo,
y lucir la personita
aquella noche en paseo;
que diz que lo presumido
nada estorba á lo paleto.
Despues de haberse instalado
y devorado un almuerzo
y evacuado los encargos
que sus amigos le dieron
en Vejer, cuando se vino;
salió nuestro forastero
á admirar de esta ciudad
las mejoras y progresos,
viendo, desde la muralla,

todo atónito y suspenso
con tamaña boca abierta,
las obras de nuestro puerto;
y luego, tomando el trote,
para no perder el tiempo,
la fuente del Peregil,
que como todos sabemos
se surte de aguas *potables*
del Puerto de Menesteo.
Elevábase su chorro,
majestuoso, hasta el cielo;
más el viento que reinaba,
que era un ponientillo fresco,
azotándolo al subir
lo esparcia á su decenso,
por la zona del pilon,
bajo forma de aguacero,
poniendo como una sopa
al curioso, poco esperto,
que á esta lluvia artificial
no tomaba el barlovento.
Quiso hacerlo, así, Frijones,
para evitar los efectos
de aquella humedad sutil
que le calaba los huesos:
pero tuvo la desgracia
de hacerlo con tal suceso
que resbalando sus piés
en la tajea de riego,
que vá desde árbol á árbol,
vino á caerse el mostrenco
en un charco allí formado
que á un *sapote* le hacia ruedo;
quedándose como puede
pensar el lector discreto,
esto es, de fango y lodo

de piés á cabeza lleno.
Levantóse, como pudo,
nuestro insigne vejeriego,
escupiendo por su boca
rayos, centellas y truenos
y al mirar el triste estado
en que se hallaba su terno,
"¡Qué vengan ahora, á decirme,
exclamaba el majadero,
que es muy fina y delicada
la pagana agua del Puerto!"

Certifican, cual testigos
de la verdad de estos hechos,
tres niñeras muy barbianas
y

Pedro Ibañez-Pacheco.

EL AMOR EN LA VELADA.

No extrañes, Amor, que acuda
hoy á tu poder secreto,
solicitando tu ayuda
en la empresa peliaguda
que con valor acometo.

De tus hazañas cronista
quiero ser y, aunque me arguyas,
sigo esta noche tu pista
y voy á pasar revista
á algunas víctimas tuyas.

Tras tu diabólico arte,
voy, de belen en belen,
á seguirte y admirarte:
¡hijo de Vénus y Marte,
á ver si te portas bien!

A la Velada encantada
de los Angeles te sigo,
que ha de ser aprovechada
la ocasion de tal Velada
recorriéndola contigo.

Ya hasta mi en ondas sonoras
llega su halagüeño ruido:
¡de placer fugaces horas,
sed aun más embriagadoras!
paso al niño dios Cupido!

Y á su lado con presteza
en mágico Eden me encuentro
do á soñar mi mente empieza.
Agua, flores, luz, belleza!...
Amor, ya estoy en mi centro.

Y en él cifro mi esperanza,
viendo la gracia y donaire
con que al *enemigo* avanza
y risueño apunta y lanza
su primera flecha al aire.

Comenzada la contienda,
á observar me pongo ufano,
tras el niño de la venda,
junto á la elegante tienda
del Casino Gaditano.

¡Cuántos coloquios de amor
nacen pronto en aquel templo
donde el placer es señor!
¡qué delicioso rumor
de dulces frases!... ejemplo:

—Te quiero mucho! —Y yo á tí!
—Que está mirando mamá,
no me hables ahora. —Ay de mí!
—Contesta usted? —Pues... bien... *Sí!*
—Bendita seas! —Oh! —Ah!

Poco allí Amor se detiene
porque saca escaso fruto,
y pronto el pícaro *nene*
á lo que más le conviene
se vá sin perder minuto.

Cruza el inmenso gentío
sin desperdiciar momento
y oigo al paso. —En tí confío!

—Te adoro. —Calla! —Bien mio,
si supieras lo que siento!

De otra tienda en la escalera,
á la sombra de la lona,
un jóven color de cera
departe de esta manera
con una polla muy mona.

—Me quieres? —Con frenesí!
—Ah, bendita sea tu boca.
—No sé qué pasa por mí!
—Loco estoy de amor por tí.
—Y yo por tí no estoy loca?

Alarmantes por demás
son las palabras que á veces
en tales casos oirás;
pero, no te asustes, más
es el ruido que las nueces.

Otro grupo allá palpita:
una madre de... á sesenta
que hace como que dormita,
una niña muy bonita
y al lado un pollo de cuenta.

Están en sillas y lejos;
la jóven lleva una pluma.
Se asustan de los reflejos
de la luz: vestidos viejos
los tres. Grupo cursi en suma.

—M'amarás siempre, José?
—Miste que eres fastidiosa!
—Si es que cuanti ma lo sé
macuerdo de lo de ayé
y me pongo mi rabiosa.

—Es que tas güerto tontina.

—Porque sé que eres un peje
y como t'amo!...
—Cristina,
me suertas unas pamplina
que me parten por el eje.

Sigo, sin tomar respiro,
tras Amor con embeleso
y, doquiera escucho ó miro,
oigo un reproche, un suspiro
un ay!... el eco de un beso.

Aquí un jóven que con fé
su amor jura y con terneza:
más allá un vejete, que
se le van mirando un pié
los suyos y la cabeza.

Ya de la Velada al fin
y entre nuevas armonías,
oigo el sonoro tin-tin
del cristal, en el festin
de alegres buñolerías.

Y otro cuadro encantador
de cerca admiro con pasmo,
do, en consorcio seductor,
verdad, gracia y buen humor
únense á vivo entusiasmo.

Entre tantos elementos,
bien Cupido allí se ensaña,
y hace á los labios contentos
asomar los sentimientos
en que el corazon se baña.

—Quié usté un guñuelo, arma mia?
—Se agraéce.—Con franquesa;
entre usté un rato, mi vía,

que quieo esirle á usté enseguía
una cosa que interesa.

—Sí, es verdad?—Yo nunca engaño.
—Pus hable usté, que ya escucho.
—Aquí el relente hace daño.
—Vamos allá.—(Yo me apaño.)
—(Me gusta este mozo mucho.)

—Estás contenta salá?
—No lo he de estar resalao?
en Cádiz, en la Velá,
y teniéndote á mi lao,
no me jace farta ná.

Seguir á Cupido quiero,
mas en el aire se mece,
salva el límite postrero
de la Velada y ligero
entre sombras desparece.

Súmese en negra region,
do absorto la planta paro
y en cuya oscura extension
rasga el tupido crespon
la rojiza luz de un faro.

A seguir no me decido
por espacios tenebrosos,
pero, aplicando el oido,
presumo escuchar el ruido
de ecos vagos, misteriosos.

De aquel cuadro que intimida
la vista aparto ofuscada
y, de gozo el alma henchida,
vuelvo á la luz, á la vida
y al placer de la Velada.

....

....

Ay, amor, dulce tortura
que el corazon ignorante
con ánsia loca procura,
relámpago de ventura
que alumbra al alma un instante.

Tus tormentos expresamos
todos de distintos modos,
mas la dicha que gozamos,
cuando en tus brazos soñamos,
igual la sentimos todos.—

J. de M.

EL 15 DE AGOSTO EN LA VELADA.

A MI QUERIDO AMIGO BURGOS.

Fiesta que espiras, ya diste
cuanto tenias que dar;
por eso te importa mucho
desaparecer fugaz.
Ayer eras un misterio
de hermosa felicidad
y en risueña perspectiva
te dejabas admirar.
Hoy se acabó la Velada
y, desgarrado el disfraz,
tus maravillas de gloria
se han evaporado ya.
Sólo quedan palpitantes,
por mi desdicha y mi mal,
recuerdos que nos delatan
miserias que hacen llorar,
quince dias rebajados
del presupuesto vital,
cien esperanzas de ménos
y mil desengaños más.
Pero tu alegre bullicio,
tu placentero gozar
en otras luengas edades,
á repetirse vendrán,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Velada que desparece,
me recuerda el luminar
que por la tarde se apaga
en la zona occidental
y en la mañana relumbra
llenando la inmensidad.
Dentro de muy breves horas,
el gemido funeral
de la Velada de Cádiz
las bellas recordarán;
amoríos, que no cuajan,
matrimonios en agraz,
y, á mayor abundamiento,
el imprescindible afan
de vestirse, desnudarse,
ir al Casino á bailar,
maldiciendo pase el tiempo
con tanta velocidad;
y, despues de este delirio,
la más leve enfermedad,
alguna trásfuga muela
ó alguna cana procaz
en elocuente silencio
nos hace reflexionar
y exclamamos confundidos:
"¡Cáspita!... pues es formal,
que, andando así, nos iremos
y no volveremos más."

Amigo que en compromiso
pusistes á mi bondad,
entre tantas cosas viejas
como pude enumerar,
una reciente me inspira
deliciosa por demás,

y es la amistad que me brindas
con tanta cordialidad.
Ausente de mis Madriles,
separado de mi hogar,
de mi empleo en el camino
hallé ese oásis de paz.
¡Salud tengas en buen hora,
salud y felicidad!
Bien haya cuando me distes
el abrazo fraternal
y escuché tu franco acento
invitándome á cantar.
Un indeleble recuerdo
la Velada en mí hallará,
que son muchas las Delicias
que me brindó la amistad.
Así ménos dolorosas,
ménos sensibles serán
para mí las enseñanzas
de aquel ligero cantar
que repetí cuando niño
y que aquí aplicado está.
La otra Velada ya viene,
esta Velada se vá,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Gerónimo Flores.

ECOS DEL PUEBLO.

Bien se conoce, Velada,
que de los Angeles eres;
estás entre mar y cielo
y llena de ángeles siempre.

—

Como el faro del Castillo
es tu cara *resalá*,
te miro de cuando en cuando
y se te pone *encarná*.

—

No me des celos con ese,
ni con otro, ni con *naide*,
mira que soy artillero
y estamos cerca del Parque.

—

Es la tienda del Casino
el jardin donde se encierran
las flores más escogidas.
¡Pero arrímese usté á olerlas!

—

Hay en tus ojos, morena,
cuando me miras gachona,
más puntas de bayonetas
que en el cuartel de la Bomba.

—

Anda y que te coja un toro
y no me vuelvas á hablar,
que tienes más cambiantes
que la luz de la *Velá*.

Es mi pecho una caldera
y mi sangre aceite hirviendo;
echa aquí tu corazon
y ya verás qué buñuelo.

—

Como echan tus ojos chispas
cuando conmigo paseas,
doy un quiebro cuando paso
junto al polvorin de Regla.

—

Cuando *te vide*, serrana,
me dió el corazon más brincos,
que han dado en las quince noches
los paquetes del Casino.

—

Desde lo alto del jardin
te ví con otro en la tienda,
no me tiré de la torre
por no romperme una pierna.

—

Pa que tenga lucimiento
la Exposicion de París,
quiéen llevarse los franceses
la *Velá* del Peregil.

—

Es tu cariño, flamenca,
como un castillo de fuego,
pólvora que arde muy pronto
y humo que se lleva el viento.

—

Tienda del Ayuntamiento,
nunca temas que te olvide;
bajo tu pintada lona
de mi amor el nido fuistes.

Entré en el café cantante
á oir una *Soleá*
y luego salí con otra,
y pare usté de contar.

—

Junto á un puesto de juguetes
te ví, morena, una mano;
ese juguete, chiquilla,
me trae medio *dislocao*.

—

Tiendecita de campaña
del Círculo Mercantil,
me han de estar sacramentando
y he de acordarme de tí.

—

Si alguno te preguntára
por qué hay aquí tanta sal,
llévalo á ver á las niñas
que se bañan en el mar.

—

Yendo para la *Velá*
me hicistes un juramento,
se conoce que lo hiciste
en la plaza *e er Mentiero*.

—

Qué poco dura la dicha!
qué pronto el tiempo pasó!
tus quince noches han sido
un suspirito de amor.

Varios.

PUNTO FINAL.

Abrigo la creencia de que, al llegar aquí, los lectores de este libro esperan hallar algo que no puedo ofrecerles.

Despues de saborear las bellas producciones de los distinguidos ingenios que han tenido la bondad de honrarme, honrando estas páginas, esperarán, sin duda, un artículo que yo mismo reconozco era aquí indispensable.

Aparte de lo que tiene de fiesta popular, la *Velada* es un baile de buen tono; doble carácter que le imprime esa fisonomía especialísima y que constituye su principal encanto.

Un baile dividido en quince partes.

La ciudad de Cádiz abre, por decirlo así, sus salones de verano y á ellos acuden, durante quince dias, la crema de su buena sociedad y *le dessus du panier* de los forasteros que nos favorecen en la estacion balnearia.

Las magníficas tiendas son suntuosos salones de baile, centro de la elegancia y del buen tono. Indudablemente, este baile está pidiendo á gritos una revista.

Y yo la hubiera hecho de muy buen grado y, al hacerla, hubiera dado satisfaccion á un gusto particular mio, porque, aunque á los hombres sérios y formales, ó que quieren aparentar que lo son, parezca este asunto baladí, pocas cosas me recrean tanto como esa clase de descripciones.

Hay acaso nada tan natural como querer fijar de una manera indeleble el recuerdo fugitivo de las horas de placer? Acaso, como ha dicho un querido amigo mio, hace otra cosa el viagero al dibujar en su cartera los sitios pintorescos que ha visto en sus peregrinaciones por algunas comarcas favorecidas

por la naturaleza, dibujos que le sirven para llevar otra vez su imaginacion á lugares que lograron despertar en su alma dormidos sentimientos y que pueblan de agradables fantasmas su solitaria alcoba en las noches desapacibles del invierno?

Pues eso que hace el viagero, pláceme hacerlo á mí, viagero tambien, como lo somos todos, en el camino de la vida. Yo gusto tambien de fijar con signos sobre el papel el recuerdo de los momentos felices, dorados por el sol de la juventud y de la alegría; que ellos vendrán despues á acompañarme de nuevo y á despertar y calentar mi espíritu cuando llegue el invierno de la vida.

Pero ya lo he dicho; hoy no puedo hacerlo. El pensamiento de esta publicacion nació tarde y ha faltado el tiempo material para realizarlo por completo. No es posible ya dilatar más el momento de su aparicion á la pública luz.

La revista del baile de la *Velada*, tal como yo deseara hacerla, ofrece sérias dificultades y exigiria más tiempo del que dispongo para su redaccion.

La enumeracion de las distinguidas damas y señoritas, gaditanas y forasteras, que han sido su ornamento y encanto, ocuparia muchas páginas, y esto aun corriendo el riesgo de incurrir en lamentables omisiones.

Y yo que quiero citarlas á todas, aun exponiéndome á que las últimas páginas de este libro tuvieran alguna semejanza con las de la *Guia* minuciosa y utilísima de mi amigo Rossety! Y que no escapaba de ese peligro, ni aun proponiéndome citar únicamente á las dotadas de belleza; son tantas! Díganlo por mí los que todavía sienten en su espíritu el deslumbramiento producido por aquel indescriptible conjunto de hermosura, alegría y juventud que se presentaba á la atónita mirada del espectador en las tiendas de la *Velada*.

Sí, quisiera citarlas á todas, y aun hubiera extendido más mi tarea recorriendo la extensa línea de las sillas del paseo, que formaba la galería, por decirlo así, de aquellos salones; que allí encontraria muchas de nuestras más bellas paisanas, alejadas unas del centro de la fiesta por lutos recientes, bien

halladas otras con la tranquilidad y el reposo y prefiriendo, no pocas, los halagos de una conversacion simpática ó apasionada á las agitadas evoluciones del baile.

Vean, pues, mis lectores y, sobre todo, mis lectoras, que á ellas principalmente me dirijo, las dificultades que ofrece la empresa, tal como yo deseo acometerla.

Pero conste que no desisto de llevarla á cabo en otra ocasion. Si este año no puedo hacerlo, lo haré el año venidero, si Dios se digna conservarme vida y salud.

Entonces procuraré realizar un bello pensamiento del amigo á quien antes me he referido. Formular un sistema botánico del que Linneo, que no tuvo la suerte de ver la *Velada de Cádiz*, no pudo ni siquiera formarse una idea, fijando la analogía de los diversos tipos de mujeres hermosas que pueblan las tiendas de la *Velada*, flores del jardin de la vida, con esas otras flores á las que llevan prisioneras en sus tocados por innegable derecho de superioridad. Y yo os garantizo que son tantos y tan diversos esos tipos de belleza, que habré de agotar el catálogo de la flora universal.

Hasta el año próximo, pues. Punto final.

J. de M.

INDICE.

Págs.

Dedicatoria.

Dos palabras, por J. de B.... 7

Génesis, por el mismo.... 9

Las quince noches, por el Sr. D. Alfonso Moreno Espinosa.... 15

Un paseo por la Velada, por el Sr. D. Arturo G. de Arboleya.... 19

Mi morena en la Velada, por el Sr. D. José Navarrete.... 28

La Velada desde la torre del jardin, por el Sr. D. José Franco de Terán.... 35

Ensueños, por el Ilmo. Sr. D. Pedro Ibañez-Pacheco.... 39

La Caridad en la Velada, por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro.... 46

La Velada de los Angeles de Cádiz vista desde Rota, por el Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcon.... 49

Cádiz y su Velada, por el Sr. D. Juan Antonio Cavestany.... 51

Junto al mar, por el Sr. D. Arístides Pongilioni.... 53

Un dia aprovechado, por J. de B.... 54

El agua del Puerto, por el Ilmo. Sr. D. Pedro Ibañez-Pacheco.... 64

El Amor en la Velada, por J. de B.... 67

El 15 de Agosto en la Velada, por el Sr. D. Gerónimo Flores.... 73

Ecos del pueblo, por varios.... 76

Punto final, por J. de B.... 79

CADIZ: 1877.—Imprenta de la REVISTA MEDICA, de D. Federico Joly y Velasco,
Ceballos (antes Bomba), n. 1.